

ELENA GARRO
LA PÉRDIDA DEL REINO

Emiliano Ruiz Parra

© **Emiliano Ruiz Parra**

México 2023

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Descarga éste y más de 260 libros en formato PDF
gratis desde: **www.brigadaparaleerenlibertad.com**

*A Inés Rojas Benítez
y Amelia Ruiz Benítez, con amor*

INTRODUCCIÓN: EL REINO RECOBRADO

Era la mejor escritora mexicana pero vivía sepultada en el olvido. Se moría de calor. Postrada en un sillón, su dieta se basaba en café, coca-cola y pan dulce. Estaba conectada a una mascarilla de oxígeno que se quitaba para fumar un cigarro tras otro. Vivía en un departamentito en Cuernavaca que olía a orines de gato y por donde se paseaban las cucarachas. Pero lo más duro de su vida era soportar la violencia de su hija, Helena Paz Garro, la *Chata*, y de su sobrino Jesús Garro, quien supuestamente la cuidaba y administraba su dinero. Así transcurrió su vida entre 1993 y 1998. Elena Garro purgaba una condena por errores que había cometido tres décadas antes, en el explosivo año de 1968. Ella así lo entendía y esperaba la muerte.

La escritora falleció en agosto de 1998. Salvo Huberto Batis, ningún otro intelectual de peso se paró en su funeral. Era una autora apestada. “Pronunciar su nombre quemaba la lengua”, afirmó el crítico Emmanuel Carballo, quien la consideraba la mejor escritora mexicana de su época: “la literatura era una antes de Elena Garro y es otra después de ella. Si la comparas con Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Inés Arredondo, Nellie Campobello, María Luisa Puga, Silvia Molina o Ángeles Mastretta, pues serían,

en el lenguaje cortesano, las camareras de su Majestad Elena Primera”.

Elena Garro publicó sus primeros libros a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Después vino el movimiento estudiantil de 1968, que marcó su marginación de la vida literaria, y luego tuvo un prolongado silencio hasta la década de los ochenta y noventa, que volvió a publicar novelas y las *Memorias de España 1937*. A esta última fase se le considera su obra tardía.

Aun cuando ella estaba fuera de la vida literaria, su primera novela, *Los recuerdos del porvenir* (1963), se leía y se reeditaba constantemente. Pero el resto de su obra circulaba en ejemplares viejos que se pasaban de mano en mano. La obra garriana tardía estaba estigmatizada. Había la creencia de que esos libros tenían muy poco valor y eran “una larga recriminación contra Octavio Paz”, como escribió Elena Poniatowska. Esa interpretación marcó durante años la forma en la que leímos a Garro. El propio Carballo decía que esas novelas reflejaban a una escritora indolente, que no se tomaba en serio a sí misma. Es verdad que en ese conjunto hay libros flojos —me parece que *Inés* queda a deber— pero también es cierto que hay novelas brillantes. Lo cierto es que a partir de la década de los setenta, su Majestad Elena Primera había perdido la corona.

A fines de 2016 la cronista y editora argentina Leila Guerriero me invitó a escribir un perfil de Ele-

na Garro. Empecé a preguntar aquí y allá y me llamó la atención la incomodidad que generaba su nombre. Un colega declinó hablar de ella. En un mensaje privado me decía que la disculpaba “por sus problemas mentales”. Otro colega se sinceró: “Elena Garro estaba chifletas”, me dijo en voz baja. Otro más me mandó un documental... sobre Octavio Paz, donde le dedicaban sólo 12 segundos a Elena Garro. Hoy, a la vuelta de los años me pregunto, ¿por qué Elena genera tanta incomodidad a 25 años de muerta y a más de medio siglo de sus torpezas de 1968?

Y creo atisbar una respuesta: es incómodo hablar de Elena Garro porque implica hablar de la construcción colectiva de una loca: de cómo un colectivo estuvo de acuerdo en tachar de loquita a una de las suyas. Esta crónica cuenta esa historia, que es sobre todo una historia política. La resumo: el 2 de octubre de 1968 se dio la matanza más importante del México moderno. El gobierno acribilló a estudiantes del Movimiento Estudiantil en la Plaza de la Tres Culturas de Tlatelolco. En los días siguientes, con el olor fresco de la pólvora, el gobierno acusó al político disidente Carlos Madrazo de azuzar el movimiento estudiantil y hasta de ofrecerles armamento. Elena Garro era su amiga y aliada, así que de paso la embarraron a ella como instigadora. Garro, muerta de miedo, aventó la papa caliente y acusó a su ex marido Octavio Paz y “a los intelectuales” de estar detrás del movimiento estudiantil y de arrojar a los jóvenes al matadero.

Nada de esto era cierto. El movimiento estudiantil era genuino y pacífico, y las balas las dispararon agentes del Estado. Eso lo sabemos ahora pero en esos días había confusión y se vivía con pánico. Algunos de los intelectuales que señaló Elena Garro —muertos de miedo— se escondieron o de plano huyeron de México.

Por eso, acaso sin ser conscientes del todo, diversos intelectuales “cancelaron” a Elena Garro. Y la propia Elena se fue del país en un exilio autoimpuesto porque tenía pavor de que el gobierno la matara, a ella o a su hija Helena Paz. Desde entonces a Garro la subieron a la nave de los locos y dejaron que el barco se perdiera en las aguas del olvido.

Convinieron en que estaba loquita y que a la loca no se le da crédito. Y es cierto que ella contó falsedades y cosas difíciles de probar. Pero también contó cosas ciertas. Si ella relataba, por ejemplo, que había cruzado la frontera de forma ilegal, salía Octavio Paz públicamente a decir con sorna que esa historia era ridícula, increíble. Resultó que, años después, el periodista Rafael Cabrera documentó que en este episodio Garro decía estrictamente la verdad.

Poco a poco la literatura y la figura de Elena Garro ha sido redescubierta y reivindicada. Sus libros se reeditaron y sus lectoras y lectores se multiplicaron. Su obra publicada a partir de la década de 1980 se ha revalorizado como tan buena o mejor que *Los*

recuerdos del porvenir. A 25 años de su muerte, Elena Primera ha recuperado el reino perdido.

A Elena Garro ahora se le reconoce como pionera en experimentaciones literarias. Se ha convertido también en un símbolo de las mujeres escritoras. Elena Garro comprendió que la violencia de género era un tema literario de primera importancia. Desde su teatro reunido en *Un hogar sólido* (1958), algunas de sus piezas dramáticas denuncian el feminicidio y la violación. Garro retomará la temática en *Testimonios sobre Mariana* (1981), *Inés* (1995) y *Un corazón en un bote de basura* (1996). Esta apuesta temática la hizo también estar en sintonía con la sensibilidad contemporánea. Ella misma padeció violencia machista una larga parte de su vida, en su noviazgo y matrimonio con el Nobel Octavio Paz.

Es curioso que la memoria de Octavio Paz (1914-1998) haya recorrido el camino inverso: fue el intelectual más importante del México de fin de siglo y, tras su muerte, su estrella se fue apagando. Algunos de sus libros están entre los más bellos de la literatura mexicana, pero por ahora despiertan poco interés en las nuevas generaciones. Acaso la violencia que ejerció contra Garro pese en el ánimo de los jóvenes. Lo que en su época era invisible o estaba normalizado, en la nuestra se volvió intolerable.

Esta crónica cuenta brevemente la apasionante y complicada vida de Elena Garro, la escritora mexi-

cana más brillante desde Sor Juana Inés de la Cruz. Una mujer que deslumbraba: dominaba el arte de la conversación y su belleza atraía a políticos e intelectuales de México y el mundo. Era hermosa y elegante. Y al mismo tiempo Garro vivía también un compromiso social y político. En su casa refugiaba líderes campesinos. Fue una agrarista que militó en la defensa de las tierras frente al despojo. Participó en un intento de democratizar el régimen autoritario del PRI y era una escritora fuera de serie.

Escribí este texto con el acompañamiento de la escritora y editora argentina Leila Guerriero. La primera versión se publicó en *Extremas* (Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2019), que no circuló en México. Mi gratitud a Leila y a todas las personas que colaboraron conmigo para este volumen, algunas de las cuales pidieron no ser citadas. Agradezco a la Brigada Para Leer en Libertad por poner esta crónica en circulación a 25 años de la muerte de Garro. La vida de Elena Garro es apasionante. Pero es más apasionante aún su obra literaria. Este libro es una invitación a revisitarla.

LA PÉRDIDA DEL REINO

La mexicana Esperanza Navarro vendió sus joyas, tomó a su hija Devaki, y se fue indignada de su hogar en Villa Hormes, una aldea en Asturias, España. Estaba enfurecida por la traición de su esposo, José Antonio Garro, a quien había descubierto en amoríos a unos pueblos de distancia. Se apresuró al puerto de Vigo y compró un billete de barco a las Américas. Los males-tares del viaje trasatlántico se confundieron con sus propios mares: tenía ocho meses de embarazo.

El barco arribó a Veracruz. Esperanza no tenía tiempo que perder y abordó el primer tren a la Ciudad de México. Era diciembre de 1916 y el país estaba en plena Revolución Mexicana. Nacida como un movimiento democratizador en 1910, se había tornado en una lucha de facciones: los políticos ricos del norte estaban por vencer a los caudillos campesinos Francisco Villa y Emiliano Zapata. La vida de Esperanza Navarro se anudaba con esa revolución. Su padre y su esposo habían sido leales a Francisco Madero, primer héroe revolucionario y presidente de México, asesinado en un golpe militar. Además, dos de sus hermanos eran del círculo de Villa.

Los planes de Esperanza de parir en la Ciudad de México se frustraron. Los dolores de parto la obli-

garon a apearse en Puebla, donde vivía su hermana Consuelo. Ahí dio a luz a su tercera hija, Elena Delfina Garro Navarro, el 11 de diciembre de 1916. Unos meses después José Antonio Garro llegó a México y la pareja se reconcilió. La familia creció con la llegada de dos hijos más, Estrella y Albano.

* * *

Dos torrentes alimentaban el caudal de la familia Garro Navarro: el espiritismo y la Revolución Mexicana. En los círculos espiritistas, mientras interrogaban a la ouija, se habían conocido el español José Antonio Garro y Tranquilino Navarro, quien se convertiría en su suegro. En esos círculos se hicieron amigos de Francisco Madero. En febrero de 1913 el presidente Madero fue derrocado y fusilado por las fuerzas del usurpador Victoriano Huerta.

Las fotografías retratan a los poquísimos valientes que se atrevieron a darle sepultura: uno de ellos era el español José Antonio Garro. Después del sepelio, y con miedo a la persecución de Huerta, José Antonio Garro se llevó de México a su esposa Esperanza Navarro y a su pequeña hija Sofía (quien moriría de tosferina poco después) y se exiliaron en Asturias.

Después de eso ocurrió el amorío extramarital —con una prima— y el regreso apresura-

do de Esperanza Navarro, una huida que provocó que Elena naciera en México y no en España, como la pareja había imaginado.

* * *

Iguala es una ciudad tropical en el estado de Guerrero, 180 kilómetros al sur de la Ciudad de México. Hoy Iguala tiene unos 120 mil habitantes. Allí, en septiembre de 2014, fuerzas de seguridad del Estado mexicano secuestraron y desaparecieron a 43 estudiantes de la escuela de Ayotzinapa. Hace un siglo era un pueblito de campesinos e indígenas al que le daba vida la estación de ferrocarril.

A Iguala se fue a instalar la familia Garro Navarro en la década de 1920. Según la memoria familiar —que me cuenta Francisco Guerrero Garro, hijo de Devaki y sobrino de Elena— la elección no fue casual. José Antonio Garro era un creyente de la teosofía, una doctrina que combina religiones orientales con cristianismo y espiritismo. En los nombres de sus dos primeras hijas honró su creencia: la primera se llamó Sofía (sabiduría); la segunda, Devaki (la madre de Krisna en la mitología hindú). Según Guerrero Garro, Iguala se había convertido en un polo de atracción para teósofos porque ahí vivía uno de sus maestros. Acaso la búsqueda de una familia

espiritual se combinó con una razón de negocios: José Antonio Garro obtuvo el monopolio de la manta y la cambaya, las telas con las que se vestían los indígenas de la región. Su tienda se llamaba La Ciudad de México.

Elena Garro pasó algunos años en Iguala —acaso menos de una década— y esa etapa marcó su vida y su obra para siempre. En Iguala era libre y tuvo un hogar sólido. Las hermanas Garro corrían descalzas entre la plaza, el cuartel militar y el burdel, y descansaban bajo la sombra de los tamarindos. En el patio de la casa había un ciruelo, desde donde Elena arrojaba frutos a los peatones. El tío Bonifacio Garro les leía a Homero, y Elena y Devaki jugaban a ser griegas y troyanas.

La crianza entre las trabajadoras domésticas y los peones indígenas fue determinante. Mientras su padre leía a Madame Blavatsky, Elena Garro crecía en la cocina y se alimentaba de las historias de las cocineras. Algunas contaban vidas dolorosas: de mujeres “robadas” por hombres más grandes, violadas y casadas contra su voluntad. La impresionaban los relatos de la Guerra Cristera (1926-1929), un alzamiento popular en el que los campesinos exigieron respeto a su religión y reclamaron el reparto de tierras que la Revolución Mexicana no les había cumplido. Las criadas le contaban de los campesinos torturados, cuyos cuerpos aparecían colgados

en las trancas de Cocula, el pueblo de al lado. Garro crecía en parte como una niña burguesa, que aprendía latín, inglés y francés con su padre y su tío, y en parte como una campesina que se tatuaba en la memoria las desgracias de los indios.

Su padre quería que ella y Devaki estudiaran y tuvieran una profesión —un deseo muy de avanzada para la época— y las envió a la capital del país a que se matricularan en la Escuela Nacional Preparatoria. Elena llegó allí cuando tenía 15 años, y recordaría después que en la prepa eran siete mujeres y tres mil varones.

Las repartieron en las casas de los parientes y Elena Garro terminó en la mansión de su tía Amalia Navarro, esposa del político Lamberto Hernández. Lamberto era jefe del Departamento del Distrito Federal, que por aquel entonces tenía unos 900 mil habitantes. “Había robado muchísimo; tenía un montón de casas”, recuerda Francisco Guerrero Garro. La mansión de Lamberto Hernández era señorial: tenía alberca y cancha de frontón. Y estaba en el barrio de moda de la burguesía revolucionaria: la colonia Condesa. Su puerta daba al número 94 de la calle Guadalajara.

La casa se ha demolido y ahora hay un edificio de departamentos. Sin embargo, el inmueble de al lado, en Guadalajara 104 —que fuera la mansión del ex presidente Plutarco Elías Ca-

lles— se ha mantenido tal cual estaba en los años veinte: una casona bellísima, con vitrales, escaleras de caoba labrada y mobiliario europeo sobre tapetes persas, construida con granito alemán y cantera de Oaxaca. Supongo que el mismo garbo tenía la mansión a la que llegó Garro en su adolescencia.

En la casa de Amalia, Elena Garro aprendió *ballet* con Sybine, un alumno de Anna Pavlova que les daba clases particulares a ella y sus primas. La mansión era célebre por los bailes y las fiestas de disfraces a las que iba el *jet set* de la Revolución. A una de esas fiestas acudió un joven estudiante de leyes, de ojos azules y voz singularmente aguda; un muchacho tres años mayor que ella, que parecía saberlo todo. Se llamaba Octavio Paz Lozano y se enamoró de Elena Garro en 1935.

* * *

Los Garro Navarro dejaron Iguala y se instalaron en el Distrito Federal, en una casa en la calle de Mexicali, colonia Roma, a donde se mudaron las hermanas Garro. Octavio Paz acompañaba a Elena desde la Escuela de Altos Estudios, en el Centro de la Ciudad, hasta esa casa. Le regalaba cajas con camelias y poemas. Él era admirador de la poesía provenzal y arábigo-andaluza; ella había crecido con la lectura de los románticos

alemanes (Hölderlin, Novalis) y disputaban cuál tradición era mejor. Paz le enviaba sus poemas y le preguntaba qué le parecían.

Llegaron los años del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), cuando el gobierno enviaba a los intelectuales de izquierda a pueblos y rancherías para que alfabetizaran a los campesinos. Octavio Paz era entonces marxista y firmaba sus cartas con “Viva México Soviet”. En 1937 se sumó a una de esas brigadas y se fue a Yucatán, a trabajar a una escuela para los obreros del chicle de la zona maya. Desde allí le escribía a Elena una, dos veces por semana. Le hablaba del calor sofocante de la península, le contaba su amargura por la pobreza de los jornaleros.

Mientras tanto, Garro estudiaba la licenciatura en Letras Castellanas y hacía coreografías para el Teatro Universitario. En la correspondencia que se conserva en el archivo Garro de la Universidad de Princeton, se devela esa etapa de la relación. Octavio Paz le pedía sumisión y entrega total. Algunas cartas eran listas de prohibiciones. Abandona el teatro. Ya no veas más a Rodolfo Usigli (dramaturgo y director teatral). No hagas cine. Deja ya la universidad.

No sabemos qué le contestaba Garro a Paz porque sus cartas no se conocen. Por las respuestas del poeta, sin embargo, se advierte que ella

seguía con su vida: Paz la reprendía, con renovada furia, por su desobediencia. Le insistía: apenas vuelva nos casamos.

Elena Garro conservó 82 cartas de Octavio Paz y perdió —según cálculos de Guillermo Sheridan— más o menos medio centenar. Apestosas a orines de gato, guardadas en baúles que viajaron por el mundo, esas cartas revelan una de las relaciones más tensas de la literatura nacional: la de un macho mexicano y una mujer que se resiste a ser la hembra sometida que le imponía la tradición. Esa contradicción acompañará a la pareja durante sus 25 años de relación. No tenemos la otra mitad de la correspondencia: las cartas de Elena Garro a Octavio Paz. No sabemos si Paz las tiró, las perdió, se quemaron en el incendio de su biblioteca en 1996, o si algún día aparecerán de repente.

El conjunto de cartas se divide en tres momentos muy distintos: las cartas escritas en la Ciudad de México entre abril y octubre de 1935;

las que le envió desde Mérida en 1937 y las que remite desde California entre octubre de 1944 y marzo de 1945. En el primer periodo epistolar Garro y Paz son novios. Las cartas del poeta revelan a un joven enamorado y que concibe el amor como “sed infinita”. Un acechador que a veces se revela neurótico por el amor de Garro, su “aborreceda diosa mía”. Viven en la misma ciudad, se hablan por teléfono y se frecuentan, pero a veces le escribe hasta dos veces al día.

“El teléfono no contesta y si no te veo hoy iré a tu casa, frente a tu casa. Te amo desesperadamente y sin amor propio: una sola vez lo he tenido pero ya no lo tengo [...] prefiero morir a que no me ames”, dice en la carta fechada tentativamente el 5 de agosto de 1935. Tomo las citas de la edición de Guillermo Sheridan: *Odi et amo: las cartas a Helena*, en editorial Siglo XXI, primera edición de 2021. Esta cita es de la página 93.

En 1937 Paz acepta un empleo en una escuela federal en Mérida, Yucatán. El tono cambia. Sigue estando rabiosamente enamorado, pero ahora se asume jefe de su novia. Le prohíbe ver a amigos, le prohíbe aceptar las invitaciones de Rodolfo Usigli o Adolfo Best Maugard para hacer teatro y cine. Cuando está enojado le advierte: “Te cortarías el cuello gozosamente, te lo juro” (Carta 39, 17 de marzo de 1937). La tercera parte, desde California a la Ciudad de México, es más

serena y sosegada: se ha apagado la llama del enamoramiento y las cartas sirven para acordar asuntos prácticos.

Pongo algunas citas de la etapa meridana, la más interesante de las tres. Indico la página de la edición de Guillermo Sheridan:

“Yo tampoco he escrito la carta que quería. La quería honda, rabiosamente enamorada. Así estoy. Y con gran rabia y amor por ti, linda mía, con ganas de tenerte y de matarte” (206).

“En mi anterior te suplicaba que dejaras todo eso; ahora te lo ordeno...” (210).

“No quiero que salgas en [la revista] *Hoy*, ni andes en esas estupideces, así, en esa feria de vanidades, tú sé adusta y honda, como antes. Sé Helena, sé lo más profundo de ti”.

“Los desterrados siempre estamos pensando en nuestro país, y mi país eres tú” (222).

“Yo, como jefe [...] soy el autor de los planes sobre ustedes [se refiere también a su madre, Josefa Lozano], planes que no me dicta el capricho sino la realidad, a ellos se deben someter, como cumple a una niña buena, Helenita” (233).

“No merezco lo que has hecho, pero tú quizá no merezcas nada, ni mi cólera sino un tiro, algo con qué aniquilarte [...] no quiero que continúes en la universidad, en el teatro, en todo eso” (248).

“Tú y todos ustedes, traidores, algún día pagarán esto. Veo tu retrato y no sé qué hacer, si amarte o matarte” (248).

“Me obedecerás ciegamente, sin tener conciencia, o iré a matarte” (subrayado en el original).

Evidentemente el joven Octavio Paz queda mal parado de la lectura de estas cartas. Guillermo Sheridan publica *Odi et amo, las cartas a Helena* para hacer un control de daños: orientar cómo deben ser leídas e interpretadas. Sheridan quiere atenuar el impacto de estas líneas. Y en una cosa tiene razón: Octavio Paz es un hombre de su época, y el México de 1935 era un país de machos celosos y controladores. La anomalía (esto no lo dice Sheridan) era Elena Garro, que quería ser libre a pesar de ser mujer. Su talento la llevaba a las aulas, a las tablas y al cine, pero el joven Paz no podía con eso y recurría a la prohibición y la amenaza.

Sheridan entonces recurre a argumentos un poco extraños. Dice: “Paz no era violento, leía a autores que concebían el amor de esa manera (como una mezcla de amor y odio. No un odio sordo sino bastante vocal, expresivo y violento)”. Sigue el crítico literario: “Por sus circunstancias personales, es decir, la repentina y traumática muerte de su padre Octavio Paz Solórzano, Paz

no tenía de otra más que asumirse jefe de su madre y de su novia”.

Pero lo más interesante de la tesis sheridaniana es el lugar que en el que pone a Elena Garro. Elena no existe. O casi no. Es una mera excusa para la poesía. Me explico: Octavio Paz en sus cartas escribe Helena con hache. Eso en principio es bello: la eleva a la categoría de la troyana por la que hubo la célebre guerra. Pero entonces viene el brinco argumentativo: Helena Garro, dice Sheridan, está ahí, en esas cartas, para el entrenamiento literario de Octavio Paz. Para ensayar las ideas sobre el amor que aparecerán después en *La llama doble* y las metáforas que enriquecerán sus poemas. Es un salto mortal porque entonces el amor desenfrenado y devorador, la necesidad de control a distancia, las órdenes y las amenazas de muerte, es decir, la relación entre dos personas con todas sus contradicciones, se vuelven mera anécdota. Elena pasa a un segundo plano y se convierte en una herramienta para el ejercicio intelectual. Si así quiere leer Sheridan a Paz, allá él. Lo que sorprende también es que él mismo escriba Helena casi todo el tiempo. Cuando habla de Elena sin hache es para descalificarla: una señora, dice, propensa a confundir la realidad con la fantasía, una escritora menor que vertía su resentimiento en sus libros.

En algo tiene razón Sheridan, para Octavio Paz “la historia de sus amores con Elena Garro y con Bona de Pisis [...] está proscrita de sus memorias y evocaciones autobiográficas”. También en esto los epígonos de Paz siguen a su maestro.

Un hecho cambió las cosas. Garro se enteró de que Octavio Paz estaba invitado al Segundo Congreso de Artistas e Intelectuales Antifascistas, que se celebraría en Valencia, España, a mediados de 1937. Lucía Melgar, experta en la vida y obra de Garro, cree que la posibilidad de ese viaje hizo a Elena despejar sus dudas y decidirse por el matrimonio. Su padre, además, pasaba por una crisis económica. Acaso la mezcla de estos factores influyeron en la joven de 20 años para que la mañana del 25 de mayo de 1937 firmara el acta matrimonial y, semanas después, se embarcara con Paz a la República española.

Elena Garro construyó su anticomunismo en esa travesía por España, que estaba en plena guerra civil. Llevó un diario de viaje que guardó durante cinco décadas, hasta que en 1992 publicó *Memorias de España 1937* (México, Siglo XXI. Reeditado en 2019 por Paralelo 21), con su testimonio de esos días. Además de decenas de historias sobre

los intelectuales que acudieron al congreso, las *Memorias* denuncian el régimen de terror que los agentes de Stalin impusieron en la República española. Los agentes soviéticos —rusos o de otras nacionalidades— cazaban y desaparecían anarquistas, troskistas y cualquier otro izquierdista que no se sometiera al estalinismo (en la Unión Soviética ya se había dado la primera gran purga en 1936).

La propia Garro estuvo a punto de ser arrestada por ellos: compartió mesa en un restaurante con soldados españoles. Al salir, unos agentes encubiertos de la Checa, la policía secreta soviética que la habían observado en el mismo restaurante, la detuvieron y la acusaron de ser espía y robar secretos militares. La dejaron ir después de que Octavio Paz suplicara, en plena calle, diciendo que era su esposa, enseñándoles un afiche pegado en un muro con su fotografía donde se anunciaba una conferencia.

En los muros había carteles que ordenaban hablar bajo, y así lo hacían los escritores que estaban en el congreso. “Cuidado con lo que escribes, hay censura”, le advertía Octavio Paz a Elena, y le revisaba las cartas antes de echarlas al correo. Se respiraba angustia por la “desaparición” de Andreu Nin, líder del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), de tendencia

troskista. Para Garro la palabra comunismo no evocó nunca las promisorias palabras del *Manifiesto* de Marx, sino puro terror estalinista tal como lo vivió en España.

Ese viaje fue también su primera convivencia prolongada con Paz, que se reveló como un marido controlador y agresivo: “Durante mi matrimonio siempre tuve la impresión de estar en un internado de reglas estrictas y regaños cotidianos, que no me sirvieron de nada ya que seguí siendo la misma”, escribió en las *Memorias*.

Un par de años después de volver de España, el 12 de diciembre de 1939, nació en la Ciudad de México la única hija de la pareja, Laura Elena Paz Garro, que sería conocida como Helena Paz (la hache se la agregaron en colegios de París) o la *Chata*.

Los años de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) la pareja los pasó en Estados Unidos, donde Octavio Paz fue primero becario en Berkeley, y después alternó empleos como profesor universitario y funcionario menor en el consulado mexicano. Ya había comenzado para ellos el ciclo de separaciones y reconciliaciones que duraría un cuarto de siglo. En las cartas de Octavio Paz de la etapa de California se registra que Garro se había ido a México a vender ropa y a buscar empleo porque los ingresos de Paz eran insuficientes para

la situación que afrontaban: Estrella, la hermana menor de Elena, se había mudado con ellos a San Francisco, estaba enferma y requería sumas importantes para su tratamiento.

El Octavio Paz de 1943 se mostraba distinto al de 1937: ya no parecía celoso ni autoritario; ahora impulsaba a su mujer a hacer periodismo y cine. Le hablaba cariñosamente de la posibilidad de separarse “y reconocía que, desde el día que se conocieron, ella buscaba otro tipo de hombre y que él se empeñó en enamorarla y convencerla de que se casara con él”, sintetizó la académica Lucía Melgar (*Literatura mexicana* vol. XIII, 1, 2002). Sin embargo siguieron juntos. Apenas terminó la Segunda Guerra, Octavio Paz fue promovido a un puesto diplomático en Francia. Los Paz Garro hicieron maletas y se mudaron a París.

* * *

Gabriel Weisz Carrington me estrechó la mano después de que le pedí una entrevista. Faltaban unos minutos para que leyera una ponencia sobre su madre, la pintora Leonora Carrington. De inmediato generamos empatía. Le dije, en broma, que se peinaba las cejas hacia arriba igual que las esculturas de animales fantásticos de su madre y posó para mí junto a un león de bronce. Terminó la conferencia, atendió a otros reporteros y vino hacia mí. Tenía ganas de conversar.

—Estoy escribiendo un perfil de Elena Garro. Sé que las declaraciones de Garro en 1968 afectaron a su familia. Me gustaría que me contara cómo lo vivió usted...

La empatía desapareció de pronto. Su rostro se contrajo: las cejas se enarcaron. Hubo un silencio largo y por fin habló.

—Es complicado. Nosotros nos tuvimos que ir del país...

Encontré la misma reacción de Weisz en otros escritores y en antiguos conocidos de Garro: cejas enarcadas, rostro endurecido y la misma frase: “es complicado”. En algunos casos me dejaron de contestar el teléfono o los correos electrónicos.

* * *

En 1947 Elena Garro tenía 31 años, vivía en Francia y su vida se debatía entre el tedio y la depresión. En la embajada mexicana en París Octavio Paz lidiaba por las mañanas con el trabajo burocrático y por las tardes se reunía con filósofos y escritores. Su esposa se aburría: “nada cambia en mi vida, excepto la niña, que crece”, le escribió al escritor argentino José Bianco, secretario de redacción de la revista *Sur*, a quien había conocido en París ese mismo año. Bianco se sintió tan fascinado con Garro que la tomó como modelo de Laura, la protagonista de *La pérdida del reino*, y

algunas de sus cartas las transcribió como parte del habla del personaje. La animó a escribir novelas. En sus cartas, Garro le contaba a Bianco que Paz se interesaba poco por ella.

En 1949 un acontecimiento rompió su rutina: el escritor argentino Adolfo Bioy Casares y su esposa, Silvina Ocampo, viajaron a París. Garro y Bioy se sintieron atraídos de inmediato y pasaron horas conversando. El 25 de julio de 1949, Bioy regresó a Buenos Aires y le mandó una carta de amor. Después de unas semanas de intensa correspondencia, Bioy, como Bianco, la animó a escribir textos más exigentes. “En este intercambio se nota quién es el escritor, y no soy yo”, le dijo. Elena Garro se enamoró de él. Las horas en su frío departamento ya no transcurrían como una repetición monótona, sino como una espera gozosa del amado.

Mientras tanto, Elena Garro veía desfilar a las amantes de Paz. Pero él era hombre, se decía Garro, *que haga lo que quiera*. “Paz paga la comida y yo de adúltera, me voy a ir al infierno”, pensaba (y así se lo contó a un entrevistador). Se sentía culpable por amar a Bioy. La conmovía que no hubiera tenido hijos con Ocampo, once años mayor que él.

Bioy Casares volvió a París en marzo de 1951. “Yo te daré un hijo”, le prometió Garro. “Ven a vivir a Montevideo”, le respondió él. Elena Garro

se decidió a aceptar la propuesta cuando supo que estaba embarazada. Pero se topó con Paz:

—Ese hijo legalmente es mío. Y si te vas con Bioy no vuelves a ver a Helena.

Ésa fue, según la reconstrucción de Helena Paz, la advertencia de su padre, Octavio, cuando supo del embarazo. Las ilusiones de una nueva vida en Montevideo se derrumbaron. Garro fue a ver a su médico, el doctor Lievain, y se practicó un aborto. Bioy Casares (según el relato de Helena Paz) se enfureció y se fue a recorrer Europa. Se vieron por última vez el 9 de agosto de 1951 en París y dos días después Bioy se embarcó a Buenos Aires. Su romance carnal estaba concluido, aunque mantuvieron un amor epistolar que terminó hasta 1972.

A Paz le asignaron una nueva misión: un puesto en la embajada de México en la India. Las Elenas, madre e hija, se quedaron en París. Tras el legrado, Garro estaba muy débil para seguirlo a Nueva Delhi. Unos meses después, el 5 de junio de 1952, Paz recibió la orden de trasladarse a Japón. El edificio de la legación mexicana había sido destruido en los bombardeos y Paz debía conseguir uno nuevo y reabrir las relaciones diplomáticas, que se habían roto cuando México le declaró la guerra a los países del Eje. Paz se instaló en un hotel y le mandó un ultimátum a su esposa: quería verla en Tokio en un mes.

A Garro la invadió la ansiedad. Le atemorizaban los aviones. Debía embarcarse pronto y tenía que cumplir con las vacunas que los barcos exigían para ir al Lejano Oriente. Acudió con su hija a distintos médicos y en una semana se aplicaron las dosis que debían ponerse en dos meses: fiebre amarilla, viruela negra, tétanos, peste bubónica y tifoidea.

En Japón sucumbió a la tristeza. Había llegado a una ciudad destruida en el fin del mundo, sin amigos y sin hablar el idioma. Su amante la había abandonado y su marido le había cortado las alas. La depresión se convirtió en profundos dolores de cabeza, que después se mudaron a la baja espalda. Octavio Paz estaba ocupado y desoía sus quejas. Pero los dolores se volvieron muy fuertes. El médico le dio un diagnóstico alarmante: Garro tenía mielitis y, de no ser atendida, quedaría inválida. El aborto le había causado una infección agravada por la sobredosis de las vacunas. En Tokio no había ni las medicinas ni los especialistas para tratarla. Mientras Paz planeaba cómo sacarla del país, le mitigaron los dolores con una nueva droga, cortisona, que le provocaba alucinaciones. “Creo que me voy a volver loca”, apuntó en su diario.

Octavio Paz buscó por todos los medios que lo mandaran a Suiza, donde había un trata-

miento de cinco dólares diarios, asequible a su bolsillo. Mandaba cartas desesperadas al secretario del presidente de la República. Por fin, lo nombraron miembro de la legación mexicana en Berna.

A pesar de la fobia de Garro a los aviones, la familia voló 10 mil kilómetros y, apenas llegaron, el médico suizo redujo la dosis de cortisona a una décima parte. Garro seguía enferma y triste. Paz le dijo que escribir podría sacarla del abismo y la animó a que hurgara en sus recuerdos de infancia.

Y así fue como Elena Garro, de 36 años, se acomodó una Remington sobre el regazo y, sin levantarse de la cama, parió una historia que había incubado durante años, acaso desde que Bioy y Bianco le dijeron que sus cartas evidenciaban a una autora en potencia. Entre 1952 y 1953 tecló el primer borrador de *Los recuerdos del porvenir*. Mientras sanaba el cuerpo y se curaba de la decepción amorosa, nació la que sería una de las novelas más fascinantes de la literatura mexicana:

“Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente. Sólo mi memoria sabe lo que encierra. La veo y me recuerdo, y como el agua va al agua, así yo, melancólico, vengo a encontrarme en su imagen cubierta por el polvo, rodeada por las hierbas, encerrada en sí misma y condenada a la memoria y a su variado espejo. La veo, me veo y

me transfiguro en multitud de colores y de tiempos. Estoy y estuve en muchos ojos. Yo sólo soy memoria y la memoria que de mí se tenga”.

Con estas líneas comienza *Los recuerdos del porvenir*, una novela en la que el narrador es el pueblo de Ixtepec —la Iguala de su infancia— que cuenta la historia de dos mujeres, Julia e Isabel, y del general Francisco Rosas, durante la Guerra Cristera.

Garro, igual que Juan Rulfo, “sabía reconocer la voz de la tierra”, como escribió Elena Poniatowska: poseía el oído fino para el habla popular y lo convertía en párrafos musicales, algunos de ellos escritos en endecasílabos y alejandrinos. En *Los recuerdos del porvenir* hizo del tiempo un barro maleable. Si Einstein propuso que el tiempo se curvaba en el espacio, en Garro el tiempo se curvaba en la memoria: sus personajes habitaban la eternidad del recuerdo y el instante.

* * *

A través de sus diarios, entrevistas, conversaciones y libros de memorias, Elena Garro enmendó su propia biografía. Al contar su vida ajustó cuentas con sus enemigos, acomodó pasajes incómodos y reinventó la historia de su familia. Escribió, por ejemplo, que en su casa de la infancia, en Iguala, había un retrato de Alfonso XIII,

el último rey de España antes de la República. Su sobrino Guerrero Garro no le da ningún crédito porque el padre de Elena era republicano:

—Un retrato de Alfonso XIII era lo último que podía tener el abuelo. Era un antimonárquico feroz. No iba al Casino Español [en el centro de la Ciudad de México] porque había un retrato de Alfonso XIII. Imagínate que tuviera uno en su casa.

El matrimonio con Paz fue otro caso de reescritura histórica. Aseguró que cuando ella tenía 20 años, Paz y un grupo de amigos la sorprendieron cuando iba a un examen de latín y la llevaron a un juzgado para casarla con él. Según dijo, había firmado los papeles para liberarse de los muchachos y llegar a tiempo a su examen.

Pero su relato cayó bajo el escrutinio de Ángel Gilberto Adame, estudioso de la vida de Paz. Adame obtuvo el expediente matrimonial y sostuvo, en un artículo publicado en *Letras Libres*, que aquel matrimonio requería papeleo, trámites, firmas de los padres de Garro, quien era todavía menor de edad: un proceso que debió tardar semanas. Guerrero Garro también desmiente la versión de su tía Elena:

—Fue una boda planeada. Mi mamá y otras primas estuvieron cocinando en familia y haciéndose vestidos para la fiesta. Mi mamá lo dijo hace ocho o diez años: todos sabíamos que se iban a casar.

No deja de ser extraño, sin embargo, que la boda ante el juzgado se celebrara sólo con amigos de Paz como testigos y no estuvieran los padres de los novios.

Otra historia más despierta dudas: Elena Garro contó que tuvo una cercana amistad con Rubén Jaramillo, un legendario líder campesino que se alzó en armas en 1943 y 1957, en abierto desafío al régimen del PRI. Elena Garro dijo que era tal su cercanía con Jaramillo que el entonces presidente López Mateos le pidió a Paz que la sacara del país “porque daba mucha lata”. Garro en efecto se mudó a París a principios de los sesenta. A Jaramillo lo mató el Ejército mexicano el 23 de mayo de 1962. Lo acribillaron junto a sus tres hijos y su esposa embarazada a los pies de las pirámides de Xochicalco. Elena Garro ha contado que, tras el asesinato de los Jaramillo, preparó su regreso a México y pagó una tumba decente para el dirigente campesino.

Francisco Guerrero Garro disiente. En efecto, Jaramillo fue muy amigo, pero de Devaki, no de Elena. Mientras me lo cuenta, se levanta de la mesa de su casa, donde conversamos, y vuelve con una máquina de escribir vieja y polvorienta. Era de Jaramillo, me dice. El líder agrario se quedaba temporadas en casa de Devaki y Francisco le servía de amanuense.

—La tumba la hicimos nosotros. En mi camioneta llevé los tabicones, el cemento, la cal y la arena. Las cruces las hizo Cristóbal Rojas con un herrero de Jojutla. A Jaramillo, mi tía Elena lo habrá visto dos o tres veces y circunstancialmente.

—¿Entonces lo que contó de Jaramillo fue una apropiación de una historia de tu madre?

—Había una historia que le gustaba y se la apropiaba. Mi tía Elena vivía en un mundo de fantasía en el que ella gozaba. No es malo que lo diga, era su manera de ser.

Pero incluso los recuerdos de Guerrero Garro hay que tomarlos con cautela. Afirma que, mes a mes, Paz enviaba dos mil dólares de pensión a su ex mujer y a su hija dondequiera que se encontraran, aun durante los períodos en los que estaba enemistado con ellas. Recuerda que él acompañaba a su madre a la oficina de American Express a depositar el dinero (Paz siempre involucraba a terceros para tener testigos de que les enviaba dinero a las Elenas). Los recibos de pago que se conservan en el archivo Garro de la Universidad de Princeton dicen otra cosa: el monto era de 400 dólares.

Estos episodios son anecdóticos. Y de todos ellos hay testigos que mienten y se desmienten. Pero cuando los recuerdos implican violencia sexual hay que andarse con cuidado.

“Cuando Helenita nació se convirtió en el arma número uno de Octavio Paz contra mí. Su padrastro [de Octavio Paz] José Delgado la violó cuando tenía cuatro años y le contagió una gonorrea”, le escribió Elena Garro a la académica chilena Gabriela Mora en una carta fechada en Madrid el 9 de septiembre de 1974. Garro le contó la historia con detalle: un primo de Octavio Paz, el médico Guillermo Haro y Paz, comprobó la infección de la niña y se puso de su lado. El pediatra de la familia, Adrián Buckardt, curó a la niña.

“Apenas se alivió, Paz la devolvió con su madre y el viejo Delgado hizo la misma cosa y la niña tuvo que ingresar al sanatorio de los Marín”, añadió Elena Garro. Según ella, Paz no sólo devolvió a la niña a sabiendas de la violación, sino que, cada vez que ella quería dejarlo, la amenazaba con devolver a Helena a casa de su madre. En una carta del 20 de octubre de ese mismo año, también dirigida a Gabriela Mora, Elena Garro agregó que José Delgado había abusado también de la niña Mercedes Lozano, prima de Paz.

Casi tres décadas después, en sus *Memorias* (Océano, 2003), Helena Paz Garro contó la misma historia: “Tendría unos tres años cuando, en una ocasión, me vi envuelta en una tragedia. Pepe [Delgado] me tomó en brazos y me llevó a casa de mis padres. Yo echaba un líquido verdoso y sangre por mis genitales. Era un domingo y es-

taba toda la familia Garro [...] llamaron enseguida al doctor Buckardt:

—Esta niña ha sido violada repetidamente y además tiene una gonorrea ya antigua”.

En su relato, fueron su abuela Esperanza Navarro y su tía Devaki quienes la llevaban con Buckardt: “Tenía mis genitales desgarrados y el médico me cauterizaba con hierros candentes; mi llanto era interminable, era algo muy doloroso. Esas violaciones y el tratamiento me dejaron estéril. No obstante, tan pronto estuve curada, mi padre me volvió a llevar a vivir a casa de su madre y me volvieron a contagiar la gonorrea”.

Guerrero Garro no lo cree:

—Según ella la violaron varias veces; mi mamá estaba segura de que era mentira.

Lo cierto es que el relato de Helena Paz es consistente. Lo volverá a contar años después, en la década de los noventa a la editora Laura Ramos, prácticamente sin cambios.

* * *

En octubre de 1953 Octavio Paz fue llamado a un puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) y toda la familia se instaló en México después de casi una década en el extranjero. Rentaron un departamento en la calle de Nuevo León 230, colonia Condesa. Para 1955, la casa Paz Ga-

rro era ya un salón literario a donde iban a cenar los jóvenes más brillantes de su época.

Elena Garro hablaba bajito, en un susurro. Había que acercarse mucho, y se formaba un círculo apretado a su alrededor para escucharla. Contaba historias. Imitaba a la gente. Se burlaba de Pablo Neruda o David Alfaro Siqueiros, a quienes había conocido en la Guerra Civil española. “Callada era guapa, pero al oírla se tornaba hermosa, deslumbrante”, recordaba años después el crítico literario Emmanuel Carballo.

Garro venía de vivir en París, donde se había hecho amiga de los surrealistas André Breton y Benjamin Peret. A México había llevado sus juegos literarios. Poniatowska recuerda una de aquellas noches de 1955: Garro escribía un verso en un papel y lo doblaba. Se lo pasaba a Carlos Fuentes. Fuentes a Ramón Xirau, de ahí a Salvador Elizondo, luego a Poniatowska y terminaba en Juan García Ponce. Sonaba el timbre y entraba Octavio Paz. Desenredaba el papelito con el verso que había escrito cada uno y leía el cadáver exquisito de la noche.

Emmanuel Carballo recordaría otra escena de ese departamento. De una recámara salía Helena Paz Garro, de 14 años. Interpelaba a su padre frente a sus amigos. Si Paz hablaba de Catulo o Propercio, la *Chata* lo interrumpía. Le de-

cía que no se atreviera a escribir sobre poetas clásicos porque no sabía latín, pero que ella podría ayudarlo: “Octavio Paz era deslumbrante, pero en familia pasaba a segundo término. Elena lo eclipsaba, lo mismo que su hija”, dice Carballo. Poniatowska también la admiraba: “Elena Garro volvía mágico todo lo que tocaba. A mí me tenía subyugada... el imperio que ejercía sobre sus seguidores era absoluto”.

Cuando Garro se mofaba de alguien, Octavio Paz corría a esconderse: no quería quedar mal con el burlado si alguna vez la broma llegaba a sus oídos. Pero se quedaba cerca, escondido detrás de una cortina y conteniendo las carcajadas para que nadie lo oyera, tal como lo recuerda Elena Poniatowska.

* * *

Tenemos un testimonio de primera mano sobre la relación de Octavio Paz y Elena Garro. Está fuera de toda sospecha. No proviene de ninguna de las Elenas. No lo escribe una feminista. Su autor no es una “diaconisa” de Elena Garro, como despectivamente llama Sheridan a las periodistas y biógrafas que escucharon a la escritora y publicaron sus recuerdos en artículos o libros.

El autor no tiene ningún prejuicio contra Paz. Por el contrario, lo escribe un hombre que

conoció de cerca al poeta, lo apreció e incluso lo ha reconocido como un mentor y maestro: Francisco Guerrero Garro, sobrino de Elena. Durante años Guerrero Garro sostuvo que Paz había sido un caballero con Elena. Compartió estas líneas el 22 de agosto de 2020: “Se ha hablado de que Octavio Paz la persiguió, la insultaba, la ninguneaba. Mentira, gran mentira, nunca vi a Octavio insultar o humillar a mi tía. Siempre la trató como lo que era, un perfecto caballero, amable, gentil, deferente. Las peleas eran con la hija, terribles, de horas y horas de insultos de Elena Paz a su padre...” Sin embargo, después cambiaría por completo su versión: Octavio Paz efectivamente humillaba a Garro. Este relato lo compartió en su muro de Facebook el 5 de marzo de 2023. Lo reproduzco con correcciones y ediciones menores.

“Un machismo que me marcó fue uno sofisticado, de voz amable y sarcasmo filoso como una daga recién afilada —manipulador sutil— el de Octavio Paz hacia mi tía Elena. Yo pasé varias etapas con ellos, ya que mis padres vivían en Cuernavaca. Para acabar la preparatoria me fui a vivir con ellos a la Ciudad de México. Después pasé otra etapa en mis años universitarios, y finalmente una temporada en París, quizás la última que estuvieron juntos Elena y Octavio.

“Octavio tenía dos caras: podía ser amable, risueño, irradiar simpatía, pero también podía ser frío, cruel, con una mirada seca y retadora, con rictus de desprecio cuando alguien no le agradaba o no lo consideraba a su altura [...] Las criadas debían servir todo según las reglas: el jugo recién exprimido, el café recién hecho, el pan tostado a la perfección, los huevos tibios a tres minutos, el mantel y la servilleta recién sacados de la alacena. Si algo no estaba a su gusto Octavio le reclamaba después a mi tía, siempre con trato burlesco, sarcástico, hiriente: que si en Iguala usaban la misma servilleta siempre o si allá no había.

“En aquellos años mi tía no sabía o no quería reaccionar a estas humillaciones, que no eran grandes pero eran constantes: su peinado, los zapatos, el color de un sillón. Era una labor cotidiana que Octavio llevaba a cabo para tener a mi tía dominada a base de humillaciones.

“Ante los amigos, Octavio colocaba a mi tía como una mascota que podía hablar. Cuando veía en alguna discusión o plática que los demás le prestaban atención, buscaba la manera de interrumpirla y dejarla a media idea, a veces remataba diciendo que lo que ella decía no era de importancia. Mi tía se reprimía y no hablaba. Una vez, en el café Sorrento, discutía un grupo de amigos y después de que Octavio casi la calló, yo

vi a mi tía con lágrimas en los ojos. Regresamos al departamento y Octavio, en lugar de animarla o dirigirle una palabra amable, le dijo, en voz calmada, ‘gracias por arruinar la velada, pequeña aspirante a intelectual’.

“Mi tía vivía dos vidas: la que tenía con Octavio en fiestas, reuniones, inauguraciones o cenas y la que llevaba cuando Octavio no estaba en la casa, pues éste, generalmente entre semana, salía en la mañana, comía fuera y regresaba en la noche. Al departamento llegaban los amigos de mi tía: Juan de la Cabada, Julio Bracho, Antonio Peláez, mi madre, mi tío Albano y todo era distinto, era Elena en su máximo: carcajadas, pláticas interminables y alegría; comían lo que había, informalmente. Era como si toda esa alegría que ella no podía sacar frente a Octavio le brotara efusivamente con sus amigos. Se iba con ellos a comer o andar por la ciudad, pero siempre cuidando estar a media tarde en la casa, a tener todo listo para cuando llegara Octavio. Era entonces que cambiaba, dejaba la alegría.

“[Años después], ya en mi estadía universitaria era otra la situación. Mi tía ya respondía a los velados insultos plagados de sarcasmo. Eran pleitos entre una persona fría, insultando con refinada exquisitez, burlas hirientes, sin ademanes, parándose frente a ella con un aire de supe-

rioridad, y se le quedaba viendo, mientras, como letanía, le recitaba ofensas. Nunca lo oí gritar o aventar algo. Su actitud era quirúrgica, como una perfecta actuación. Mi tía respondía con exasperación, con llanto, con gritos. Nunca sabíamos qué había ocasionado el pleito, pero estos cada vez eran más constantes. Siempre empezaban en su recámara, que estaba al fondo del departamento, y continuaban en la sala. Terminaban cuando Octavio salía, se iba a casa de su madre y estaba ahí varios días. Luego regresaba como si nada. Mi tía lo recibía, pero cada vez con menos ánimo, con más miedo.

“Otra forma de dominación era por medio del dinero. No le faltaba a Octavio, ganaba bien en [la Secretaría de] Relaciones Exteriores, tenía las rentas de las propiedades de su madre y además lo que ésta le daba regularmente, pero siempre le exigía a mi tía explicaciones de los gastos de la casa. Si ofrecían una cena, mi tía le tenía que detallar cuánto era de las botellas de vino, de los quesos, de la entradas, de la carne, de todo, y Octavio le daba el dinero exacto y siempre, siempre, había algo que mi tía no había comprado de calidad o de buen gusto. A la mañana siguiente [venían] los reclamos. Para lo que sí le daba dinero era para ropa, zapatos, perfumes, pero no porque fuera generoso, sino porque para

él era un orgullo llegar a una fiesta con una mujer hermosa, simpática, carismática y alegre. Lo quisiera Octavio, o no, a esas alturas la estrella de las fiestas era mi tía. Varias veces se refería a ella como ‘mi mascotita’.

“Mi tía no tenía un lugar para escribir, lo hacía en su cama y no todos los días. Había días en los que despertaba, pedía café y encendía el primer cigarro. Tenía una pequeña maquina Remington, metía una hoja y empezaba a escribir. Tenía varias obras en proceso, una de ellas *Los recuerdos del porvenir*. No poseía un archivero, ni una cómoda o cajón donde guardar sus escritos. Los ataba con una de aquellas ligas anchas, grandes, que se usaban para detener las medias, y los ponía en el buró, donde tenía una montaña de papeles. A veces pasaba dos o tres días escribiendo, luego dejaba de hacerlo una semana. Se las daba a leer a Octavio entusiasmada, pero éste nunca —que yo viera u oyera— se las alabó o la animó a seguir. Esto [los hábitos de escritura] le molestaba mucho a Octavio. Se quejaba de que la recámara olía a tabaco, que estaba en desorden, que había papeles por todas partes.

“Un día oímos gritos en su recámara, había un feroz pleito entre mi tía y Octavio, no supimos por qué. Mi tía lloraba y gritaba como nunca. Salió Octavio y dijo, ‘¡que víbora!’ y se fue. Yo

estaba en el salón con Josefina, una de las criadas, sin saber qué hacer. En eso entró mi tía en camisa, desgredada, con la cara desencajada y los ojos rojos de llanto. Como era invierno la chimenea estaba prendida, mi tía traía un legajo atado con la cinta roja. Cruzó el salón, echó el legajo al fuego y se regresó corriendo a su recámara. Yo, instintivamente, aunque me quemé, saqué el legajo del fuego al que sólo se le habían quemado algunas puntitas, me lo llevé a la cocina y Josefina me dio un trapo y ahí lo envolví [...] Octavio no regresó en varios días.

“Al día siguiente le dije: ‘tía, hice algo, no te vayas a enojar: anoche que echaste esto a la chimenea yo lo saqué, no se quemó’. Lo tomó y lo abrazó con tal cariño que me conmovió. Me dio un abrazo y un beso y me dijo: ‘vente, vamos a casa de Juan de la Cabada a que me lo guarde él, ya no lo quiero tener aquí’. Era el manuscrito de *Los recuerdos del porvenir*, del cual no tenía copia, porque nunca hacía copia de nada. Después supe que el pleito era porque Octavio insistía en que se lo llevara a un editor de estilo, porque como estaba escrito era una porquería. Mi tía no quería que se le cambiara ni una coma, como finalmente sucedió.

“Para mí la actitud, el machismo, sofisticado y cruel de Octavio, su arrogancia frente a mi

tía, fueron un ejemplo que me quedó muy marcado y no he tratado de seguir”.

Los recuerdos del porvenir se topó con la incompreensión editorial. Octavio Paz se la envió a Carlos Barral, quien contestó que le había parecido excelente, pero Seix Barral, la casa editora que él dirigía, no iba a publicarla porque dos dictaminadores la habían rechazado. Adolfo Bioy Casares y José Bianco la llevaron a Fabril, en Buenos Aires, donde no hubo interés. Octavio Paz se la recomendó al editor español radicado en México Joaquín Díez-Canedo, que también la rechazó. Garro se frustraba, pero a cada rechazo enmendaba el manuscrito. Los elogios de Bioy y Bianco la animaban a seguir escribiendo.

A partir de 1953, instalada en México, Garro inició una etapa de escritura febril no sólo en narrativa sino en el teatro. Años después contó: “En realidad he escrito teatro por compensación, porque mi verdadero deseo era hacer teatro desde la escena como actriz, apuntadora, tramoyista, bailarina o aun acomodadora. Había estudiado *ballet* clásico, convencida de que la debilidad de mi voz no me permitía ser actriz. Pero un matrimonio temprano me impidió, con decisión férrea, la cercanía de las tablas”.

Elena se metió en los archivos de la Revolución y estudió el proceso contra el general Felipe Ángeles, el principal estratega militar de Pancho Villa, y escribió una obra en tres actos sobre su fusilamiento. Después compuso seis piezas en un acto, una de ellas “Un hogar sólido”, de un deslumbrante surrealismo que le valió ser el único texto mexicano en la segunda edición de la *Antología de la literatura fantástica*, de Silvina Ocampo, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

Los años pasaban y aunque su novela seguía inédita, Garro empezó a hacerse fama como dramaturga. En 1957 se representaron tres obras breves en un teatro de la Ciudad de México: “Un hogar sólido”, “Andarse por las ramas” y “Los pilares de doña Blanca”. Elena Poniatowska, presente en el estreno, recuerda que fueron un éxito rotundo. “Un hogar sólido” estaba ambientada en una cripta familiar, durante los breves instantes en que se retira la lápida para enterrar un cadáver. En esos minutos de luz el espectador observa la convivencia familiar de los muertos, durante un tiempo fracturada y reconstruida: la tía más vieja es en realidad una niña menor que sus sobrinos, puesto que murió en la infancia. “Un hogar sólido” es una muestra cabal de otra característica del teatro de Garro: los diálogos poéticos. Admiradora del Siglo de Oro, los personajes dra-

máticos de Garro combinan en sus voces poesía y habla regional.

Un año después publicó su primer libro, que reunía sus piezas teatrales bajo el título de *Un hogar sólido* (Universidad Veracruzana, 1958). Garro sorprendió a la crítica por sus juegos fantásticos, que unos años después la llevarían a ser considerada precursora del realismo mágico (un elogio que ella detestaba: le parecía que el realismo mágico era una repetición de trucos y artificios literarios). Tras esas piezas teatrales empezó a escribir cuentos. Sus relatos de los años cincuenta, agrupados en *La semana de colores* (Universidad Veracruzana, 1963) han sido elogiados como algunos de los mejores relatos de la literatura mexicana. “*La semana de colores* [...] contiene uno de los mejores relatos que se hayan producido en México: ‘La culpa es de los tlaxcaltecas’”, escribió la novelista y crítica Margo Glantz. El cuento que le da título al libro narra un escalofriante asesinato visto desde la óptica de unas niñas:

Los Días se sentaban en ruedo sobre unos petates. La semana junta era como el arco iris y salía sin que lloviera. Una tarde, don Flor se acercó al Jueves, que tejía un ixtle blanco, y le puso en la punta de la trenza negra una flor naranja de nopal. La flor era del color de su vestido. Eva y Leli

se quedaron sentadas en la colina toda la tarde, a pesar del calor que bajaba del cielo y subía de la tierra. No podían dejar de mirar la flor naranja sobre la trenza negra.

En esos años concibió los gérmenes de cuentos o novelas que publicaría décadas después, como *Y Mata-razo no llamó* (México, 1991). La crítica Lucía Melgar ha apuntado que Garro escribió desde el inicio de su vida literaria novelas críticas del poder masculino como *Reencuentro de personajes* (México, 1982), “el más incisivo y descarnado retrato que ha dado la literatura mexicana de la degradación del amor a través de la historia de una pareja de amantes en su descenso a los infiernos de la violencia verbal y física”, según el crítico Geney Beltrán, pero que prefirió guardarlas durante años (acaso para evitarse problemas con Paz, como presume Melgar).

En las páginas de su primera etapa creativa, que va de *Un hogar sólido* (1957) a *Los recuerdos del porvenir* y *La semana de colores* (1963) impera la búsqueda de una prosa poética; sus personajes, como los de Juan Rulfo, provenían en su mayoría del campesinado nacional. Garro creyó con devoción en las causas de la Revolución Mexicana: el reparto de tierras y el Sufragio Efectivo, y en sus héroes intachables, como Emiliano Zapata, Francisco Villa y Felipe Ángeles. *Los recuerdos del porvenir* denunciaba la dictadura que se

impuso tras la Revolución, un período durante el cual los terratenientes acaparaban más y más tierras. Con el fusilamiento de Felipe Ángeles (en la obra del mismo nombre), según Emmanuel Carballo, Garro sugería que la Revolución se fusilaba a sí misma.

La vigencia de su obra es aún mayor cuando se trata de la violencia contra las mujeres. En las décadas de 1950 y 1960 escribía el teatro más feminista de la literatura mexicana: “Los perros” relata la violación de una niña, que comparte la misma suerte que su madre. “El rastro”, otra pieza breve para teatro, cuenta un feminicidio relatado por el asesino:

ADRIÁN BARAJAS:

¡Cállate! Perra sarnosa enemiga del hombre.
No quiero oír repicar el tamborcillo de tu voz.
Las palabras que te di ya no son mis palabras y
las tuyas ya no quiero oírlas. Estoy maldito por
haberme enredado en tu lengua y en tu falda.
Cuando la mujer habla y el hombre escucha, el
hombre muere. Por eso vas a morir tú, para que
yo me vaya a cantar con mis amigos.

A principios de los sesenta, se decía que la literatura mexicana escrita por mujeres estaba entre “la Guerra y la Paz” (tal como lo cuenta Luis Enrique Ramírez en *La ingobernable*) en alusión a Rosario Castellanos, casada con el filósofo Ricardo Guerra, y Elena Garro, ex esposa de Octavio Paz. Garro se perfilaba como la ma-

yor dramaturga mexicana (así la consideraba Carlos Monsiváis), coescribía guiones de las películas más taquilleras (*Las hermanitas Vivanco*) y era colaboradora de *México en la cultura*, el suplemento cultural donde colaboraban los autores más respetados. Empezaban los años de esplendor.

* * *

Elena Garro decía que los intelectuales mexicanos eran mediocres e hipócritas. Los veía gritar consignas a favor de la Revolución Cubana y, a la vez, exigir privilegios del gobierno de México. Los acusaba de darse la gran vida con sueldos de burócratas y diplomáticos mientras se declaraban socialistas. Era *la niña terrible*, incómoda entre sus pares. Fernando Benítez, el caudillo cultural más importante de la época, le parecía un farsante, un falso experto en los indígenas y un pésimo escritor. Garro rivalizó con Carlos Fuentes, la joven estrella de las letras mexicanas, y en el suplemento *México en la cultura*, que dirigía Benítez, dedicó una dura crítica a su novela *La región más transparente*:

Fuentes amontona todos los elementos aparentes de una novela: amontona palabras, nombres, incidentes, y amontona imágenes ya de por sí amontonados. Fuentes se embrolla. Se embrolla con el ruido de su máquina Remington portátil

y golpea tanto que el lector no puede sustraerse al ruido ensordecedor de las teclas aporreadas durante horas [...] produjo 460 páginas que giran vertiginosamente sobre sí mismas, que producen mucho alboroto y a las cuales les da el pomposo nombre de novela.

Sólo Octavio Paz, Juan Rulfo y Juan de la Cabada le parecían buenos escritores. El resto eran *juntapalabras*: “Los demás, que me perdonen, pero, o son escritores coloniales, de pupitre alto, pluma de ganso y hermosa letra redondilla o, como diría Heine, ‘gritones más o menos bien pagados’”.

Podía darse los lujos que quisiera. Era rubia y hermosa en un México racista. Según Elena Poniatowska “tenía las piernas de Marlene Dietrich”. Poseía el don de la réplica: tenía un sentido del humor filoso e imitaba a los grandes y no tan grandes escritores de su época. Con dos o tres palabras podía demoler una reputación y era la estrella en las fiestas de twist. Se habían enamorado de ella algunos de los intelectuales mexicanos más célebres —además de Octavio Paz— como Juan de la Cabada y Jorge Portilla. Había sido, y quizás aún era, el amor de Adolfo Bioy Casares. El mundo estaba a sus pies.

* * *

A pesar del anticomunismo forjado en su temprano viaje a España en 1937, Garro tuvo siempre una posición política a favor de los débiles. “Sus cóleras fueron sagradas, sobre todo cuando se trató de defender a los campesinos... era un espectáculo verle decir sus verdades a los funcionarios públicos”, escribió Elena Poniatowska (*Las siete cabritas*, Ciudad de México, 2000).

Garro era hostil a la modernidad. Idealizó el absolutismo y a sus más tardíos representantes, la familia Romanov, que ostentó el poder en Rusia hasta la revolución de los bolcheviques. Despreciaba a los burgueses de las novelas de Balzac y simpatizaba con los aristócratas de Tolstoi, despreocupados del dinero. El capitalismo moderno era para ella un sistema excluyente que dejaba fuera “a los jóvenes que no estaban hechos para esta lucha de tiburones por el dinero”. Un ejemplo era ella misma que, decía, “no servía para la vida” y que, si hubiera vivido en otra época, se hubiera metido en un convento: creía que en el *Ancien Régime* la Iglesia católica ofrecía techo, trabajo y comida a los pobres y ella consideraba a eso un sistema más justo.

Una tarde de 1958 llegó a su casa y vio a dos campesinos con los pies tan ajados que parecían de madera. Eran Enedino Montiel y su esposa Antonia. Le contaron que un banquero millonario, Agustín Legorreta, los había despojado de sus tierras en el municipio de

Ahuatepec, en Morelos, al sur de la Ciudad de México. Le pedían ayuda para que intercediera por ellos.

Ese encuentro detonó una de sus etapas más luminosas: su militancia agrarista. Ella misma había atestiguado la represión a los soldados cristeros que luchaban tanto por la religión como por la tierra. De ese fermento había construido *Los recuerdos del porvenir*. Era momento de llevar a las calles la reivindicación de la tierra.

Hay un puñado de escenas que prueban su compromiso político: Garro en tacones y abrigo de pieles a la cabeza de un contingente de decenas de indígenas pobres en el Paseo de la Reforma, que marchaban hacia una oficina de gobierno para exigir que los terratenientes dejaran de robarles sus tierras.

Otra: Garro entrando a gritos al despacho del gobernador de Morelos, Rodolfo López de Nava, en 1958, para exigir la liberación de los campesinos de Ahuatepec, encarcelados cuando se habían opuesto al despojo. La presencia de esa rubia impresionó al gobernador, que tomó el teléfono y dio la orden de liberación: “saquen a la indiada”.

Y la mejor de todas: en las oficinas del Fondo de Cultura Económica, la editorial del Estado mexicano, su director Arnaldo Orfila ofrecía un brindis a Rómulo Gallegos, que en 1958 se despedía de su exilio mexicano para volver a Venezuela. Elena Garro se apareció con una treintena de indios pobres vestidos

con calzón de manta y huaraches. Fue con cada uno de los intelectuales y diplomáticos a pedir que le firmaran una carta demandando justicia y restitución de tierras para los campesinos.

Orfila le respondió que no, los escritores le dijeron que no, Rómulo Gallegos le dijo que no podía inmiscuirse en asuntos internos de México. Garro y los indígenas se sentaron en un rincón, callados, a escuchar los discursos de los intelectuales mexicanos que hablaban de justicia social y repetían el lema “la tierra es de quien la trabaja”. Después, frustrados, bajaron a la calle. Elena Garro propuso un escarmiento: sacar el aire de las llantas de los Mercedes Benz y los Cadillac de los comensales que se habían negado a apoyarlos. Conocía a algunos de los choferes de los diplomáticos, que no opusieron objeción cuando ella y los campesinos dejaron los neumáticos inservibles.

“Se corrió la voz de que la güera defendía a los campesinos sin cobrarles y sin [pedirles] nada”, narró años después ella misma. Empezaron a buscarla campesinos de estados tan distantes como Colima y Chihuahua. La rubia de abrigo de pieles y collares de perlas les abría las puertas que estaban cerradas, las del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC, después Secretaría de la Reforma Agraria) y las de la Confederación Nacional Campesina (CNC).

Al principio Octavio Paz simpatizó con el agrarismo de su esposa y le sugirió revisar las leyes

agrarias (Paz tenía estudios de Derecho). Pero pronto se asustó. Él era una estrella ascendente en la diplomacia y pensó que la militancia de Garro podía comprometer su carrera, así que se mudó a casa de su madre, Josefa Lozano.

* * *

Le conté a uno de los amigos de Paz que estaba escribiendo una crónica sobre Elena Garro. A los pocos días me envió un DVD: el documental *El laberinto de Octavio Paz*, del Instituto Cervantes, con una nota en el correo electrónico: “según creo encontrarás claves relacionadas con tu búsqueda”. La primera secuencia del documental se compone de entrevistas con intelectuales que definen a Paz en pocas palabras: “genio luminoso”. Hacia la mitad, el tono asciende hasta describirlo como “casi un héroe”. El Premio Nobel que le concedieron en 1990 fue el equivalente a una canonización laica.

Desde la dirección de la revista *Vuelta*, Paz dominaba la cultura mexicana. Su influencia pontifical iba de las ideas hasta los puestos de gobierno: si un funcionario de la burocracia cultural se enemistaba con él, sus horas en el gobierno estaban contadas. Si de joven había sido de izquierdas, en su madurez se tornó “anticomunista de tiempo completo y horas extra”, como lo definió Emmanuel Carballo. Predicador de la libertad, abogó por la caída del bloque soviético. En

México elogió al presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), el que introdujo el neoliberalismo al país.

Guerrero Garro hace de él una interpretación despreocupada:

Octavio era anticomunista por moda, no por convicción. Vivió el principio del anticomunismo en Francia y se dio cuenta de que iba a ser el *trending topic* de los próximos años. Podía ver más allá que cualquiera de nosotros: ve que todo va a cambiar, que viene el surrealismo, lo abstracto. Es como el modisto que cada año hace una nueva colección. Octavio ve qué está pasando en Europa y lo trae al país. Y además [se hace anticomunista] porque no lo habían aceptado en círculos de izquierda en México. Mi mamá me decía que ahí nadie lo quería.

El documental del Instituto Cervantes despacha el matrimonio con Elena Garro en 12 segundos: “las relaciones con esposa e hija fueron casi siempre tormentosas y el matrimonio acabó en divorcio”. Ni una mención a la escritura de Garro. Punto. Paz hizo lo mismo: se empeñó en minimizar su relación con ella. Ante los periodistas decía que el tiempo que estuvieron juntos había sido breve, y daba entender que un par de años, hasta el nacimiento de Helena, acaso un poco más.

Hay dos visiones contrapuestas acerca del cuarto de siglo en el que los dos autores hicieron vida de pareja, con separaciones y reconciliaciones. Existe una visión dominante: que Octavio Paz escribía a pesar del torbellino emocional de su esposa y su hija. Guerrero Garro está más cerca de esa perspectiva:

Octavio se iba a casa de su mamá porque con las Elenas no había paz para escribir. Siempre eran gritos y peleas. No iba a comer y llegaba muy noche. Era muy reservado y adusto. No te abrazaba, no te decía palabras de cariño. No enseñaba emociones, ni a mí ni a su hija Helena. No llevaban una buena relación las Elenas y Octavio.

Y en el otro extremo está la visión que dejaron las propias Elenas: en ella, Octavio Paz aparece como un hombre controlador, autoritario, a veces abusivo. Garro lo retrató como alguien dependiente de su madre, al punto que la noche de bodas le llevó la sábana manchada de sangre para demostrarle la virginidad de su esposa.

“Había un dolor perpetuo en mi casa”, escribió Helena Paz Garro. En sus *Memorias*, la hija de Elena recreó con detalle los años que la familia pasó en París, de 1946 a 1952. En ella hay una escena recurrente: Elena Garro con los ojos enrojecidos por el llanto y

Octavio Paz regañándola. En sus cartas a José Bianco, Garro lo llamaba *El Bello Tenebroso*.

Según el relato de Helena Paz, su madre quiso suicidarse dos veces en el departamento de la calle Víctor Hugo, en París. Se drogó, la drogó a ella con pastillas para dormir y dejó las llaves del gas abiertas. Las salvó un trabajador de la casa. La segunda vez se colgó de un candelabro. La descolgó a tiempo la filósofa María Zambrano, que pasaba una temporada en esa casa. Según Helena Paz, Octavio quiso meterla en un manicomio pero Zambrano lo impidió. Garro siempre dijo que Paz no le perdonó nunca que el amor de su vida fuera Adolfo Bioy Casares.

* * *

Hacia 1956 Garro y Paz, en cartas a sus amigos, hablaban de su próximo divorcio. En los hechos ya estaban separados. Garro tenía una relación con Archibaldo Burns, un millonario que producía cine y la acompañaba a Ahuatepec a reunirse con campesinos pobres. Burns compró un departamento en París, en la Rue de l'Ancienne Comédie, y lo puso a su disposición.

A pesar de que Garro y Paz ya no vivían juntos, el poeta y diplomático se había convertido en un promotor de la obra de su esposa. Él impulsó que las obras “Un hogar sólido”, “Los pilares de doña Blanca” y “Andarse por las ramas” se estrenaran en el cuarto programa de Poesía en Voz Alta el 19 de julio de 1957

en el Teatro Moderno. Elena Poniatowska, presente en la función, recuerda que Octavio Paz estaba muy orgulloso de Garro.

Por entonces, él quería casarse por segunda vez. Durante años, quizá una década, había tenido una relación con la pintora cubista Bona Tibertelli o Bona de Pisis, esposa de su amigo el novelista francés Pieyre de Mandiargues. Paz y Tibertelli decidieron divorciarse de sus parejas y vivir juntos; Paz le pidió al presidente Adolfo López Mateos que lo enviara a la legación mexicana en Francia para estar cerca de ella.

Así, sin que Elena Garro se enterara, Paz tramitó la disolución matrimonial en 1959. Se valió de un *paraíso legal*: en el estado de Chihuahua bastaba alegar “incompatibilidad”, el juez publicaba un edicto en un periódico local —a dos mil kilómetros de la Ciudad de México— y, si nadie respondía, declaraba el divorcio. Según Garro, Paz fijó una pensión mensual de 120 dólares, que años después aumentaría a 300 y luego a 400. Habían estado casados 22 años.

A fines de febrero de 1959 Elena Garro y su hija Helena se mudaron a París, al departamento que había comprado Archibaldo Burns. Garro vivió en la Rue de l’Ancienne Comédie, hasta 1963. Se había ganado además una reputación como autora de cine. Su guion de *Las hermanitas Vivanco*, que había escrito con Juan de la Cabada, era una de las películas más populares del cine mexicano.

Elena Poniatowska la entrevistó en esos años en el departamento de París. Garro tenía ojos color miel y cabello rubio: “El departamento de Elena Garro tiene todos los tonos del azúcar quemada. Los sillones están forrados de terciopelo café; las cortinas caen pesadas, también de terciopelo café; el tapete es beige; las sillas color tabaco, y Elena, en medio de puros colores que le sientan bien es un rayo de luz; sus cabellos aureola de sol y de otoño. Elena concentra a todos a su alrededor como las mariposas que en la noche van y se clavan en el foco que electriza”, escribió.

Aunque estaban divorciados, a principios de los sesenta Garro y Paz residían en París cada uno por su lado. Él vivía con Bona Tibertelli, 12 años menor que él. Desde su posición en la embajada, era un promotor de la pintura mexicana en Europa y detectó el talento del indígena oaxaqueño Francisco Toledo. Le organizó una exposición en Oslo. Un día se lo presentó a su mujer.

Tibertelli, de 35 años, se enamoró de Toledo —de 20—, abandonó a Paz y siguió a Toledo a Oaxaca. Paz quedó devastado y regresó al antiguo nido familiar por consuelo. Se instaló, ocupó una recámara e hizo, nuevamente, vida con su ex mujer en París. Archibaldo Burns iba de vez en cuando y los tres salían a cenar.

“Llegó Octavio que se había peleado con Bona y ahí vivió ocho o diez meses. Elena y Octavio no eran pareja pero iban a todas partes juntos”, dice Guerrero Garro, que vivía en otra de las habitaciones de la casa, donde lo habían alojado mientras estudiaba en la Sorbona.

Todas las mañanas se levantaba a la misma hora que Paz, lo acompañaba a tomar un café al Procope, y luego el chofer pasaba por ellos. A Guerrero Garro lo dejaba en la estación del metro que lo llevaba a la Sorbona y después conducía a Paz a la embajada. Paz, generoso con su sobrino, lo hizo *aviador* en la legación, es decir, le asignó un salario sin tener que trabajar.

Durante esa convivencia en París, Octavio Paz tomó una decisión a favor de su exesposa. Cercano a los 50 años de edad y para entonces uno de los intelectuales más influyentes de México, presionó a Joaquín Díez-Canedo para que su editorial, Joaquín Mortiz, publicara *Los recuerdos del porvenir*. En 1963, después de 10 años de rechazos editoriales la novela vio la luz en México y recibió el aplauso unánime desde su publicación. Ganó el Premio Xavier Villaurrutia ese mismo año (que compartió con *La feria*, de Juan José Arreola). El crítico literario más importante del siglo XX, Emmanuel Carballo, le dijo años después a la periodista Patricia Vega que “la literatura era una antes de Elena Garro y es otra después de ella. Si la comparas con Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Inés Arredondo, Nellie Campobello, María Luisa Puga, Silvia Molina o Ángeles Mastretta, pues serían, en el lenguaje cortésano, las camareras de su Majestad Elena Primera”.

A fines de 1963 Elena Garro y Octavio Paz prepararon maletas. Garro regresaba a México y Octavio Paz se iba a Nueva Delhi: lo habían ascendido a emba-

jador en la India. Se separaban para siempre. No hay registros de que se hayan vuelto a ver en los 35 años que les quedaban de vida.

* * *

Al regresar a México, Elena Garro se convirtió en una mujer de poder. Se hizo amiga de los políticos más poderosos del país y a su casa de la calle Alencastre llegaban arreglos florales del presidente y sus secretarios. La visitaban Javier Rojo Gómez y Norberto Aguirre Palancares: el primero, cacique de la Confederación Nacional Campesina (CNC); el segundo, secretario de la Reforma Agraria. Garro tenía otro amigo, el secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, el segundo hombre más poderoso de México después del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Rodolfo Echeverría, su hermano, había sido novio de Devaki Garro. Cuando todas las puertas se le cerraban, Elena llamaba a Echeverría, que siempre le ayudaba.

En 1965 se reencontró con un hombre que marcaría su vida. En la preparatoria había conocido a Carlos Madrazo Becerra —acaso su pretendiente antes de que ella conociera a Octavio Paz—, un orador brillante que después sería gobernador de Tabasco, y a quien Díaz Ordaz nombró presidente del PRI. Madrazo convocó a una asamblea del PRI —a la que Garro acudió— y propuso democratizar el partido: que ya no fuera el presidente de la República quien designara los candidatos con el dedo (el PRI ganaba

todos los comicios con el 90 por ciento de los votos). Madrazo pedía que hubiera elecciones internas en el PRI, que adentro del partido de Estado se ejerciera algún grado de democracia. Esa propuesta deslumbró a Garro, quien creyó encontrar al reformista que necesitaba el régimen. Se la jugó por él y le hizo elogiosas entrevistas para la revista *Siempre!* Madrazo la llamaba cariñosamente “Helencitos”. Garro lo correspondía: a uno de sus gatos lo llamó Humitos Madrazo. Conforme crecía su madracismo, se iba apagando su militancia agrarista.

El presidente Gustavo Díaz Ordaz repudió el proyecto de Madrazo, lo echó del PRI en 1965 y dio por cancelada su carrera política. En lugar de someterse, Madrazo lo desafió. Empezó a construir un nuevo partido político, Patria Nueva, para postularse como candidato presidencial en 1970. Madrazo y Garro dejaron correr la versión de que la escritora estaría en uno de los cargos directivos del partido. Una tarde, Javier Rojo Gómez se apareció en su casa.

“Dile a Carlos Madrazo que no haga su partido político”, le dijo a modo de advertencia para que se la transmitiera al tabasqueño. El testigo de esta escena era el periodista Carlos Landeros, amigo de Garro.

En abril de 1967 Elena Garro todavía tenía derecho de picaporte en los pasillos del poder. La novelista Vilma Fuentes lo recuerda: se encontró a Elena Garro y a Helena Paz en una manifestación ante la em-

bajada de Bolivia, exigiendo la libertad del joven filósofo Regis Debray, capturado junto a seguidores del *Che* Guevara en el país andino. Tras la protesta, las Elenas fueron al Palacio Nacional, donde las recibió el secretario particular del presidente y les invitó una copa.

Elena Garro era, en suma, la escritora más crítica ante sus pares, la que tenía un compromiso militante más claro, tanto con los campesinos como con el principal disidente del PRI. Por esos años Bioy Casares le dijo a Octavio Paz: “una mujer como Elena nace cada mil años”. También por esa época el escritor comunista Juan de la Cabada le dijo a Elena Poniatowska: “si hay alguien en México capaz de ser heroico es Elena Garro”.

En poco tiempo su suerte cambiaría por completo.

* * *

“Me creía intocable”, diría Elena Garro años después. En 1968 estaba en el cenit de su gloria. Desde esa altura su caída fue estrepitosa: en unos meses sus amigos más cercanos huyeron de ella y su nombre empezó a evocar el de una escritora maldita cuya mención quemaba la lengua.

En 1968 cientos de miles de jóvenes de la Ciudad de México —con la solidaridad de obreros y campesinos de otros estados— desafiaron a *la dictadura perfecta del PRI* (como años después la llamaría Vargas Llosa), que ganaba todas las elecciones, controlaba a la

prensa y había sofocado con cárcel y muerte las huelgas de los ferrocarrileros (1956) y los médicos (1966). México venía de dos décadas de crecimiento económico llamado *el milagro mexicano* que llevó a millones a vivir en ciudades y multiplicó la población estudiantil: en la Ciudad de México, en 1960, había un estudiante universitario por cada 166 personas; para 1970 eran uno por cada 66. Se había formado una masa de jóvenes críticos dispuestos a combatir al PRI.

El Movimiento Estudiantil surgió tras una represión policiaca contra una manifestación: el gobierno respondió con la ocupación militar de cinco escuelas de bachillerato y el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, convocó a una marcha de 100 mil personas el primero de agosto de 1968, que exigía la salida del ejército. Al otro día estalló la huelga estudiantil. Los jóvenes se articularon en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), que convocó a dos grandes marchas, el 13 y el 27 de agosto. La segunda reunió a medio millón de personas, la más grande en la historia de México en relación con la población de la época.

Entre esas dos movilizaciones Elena Garro publicó un artículo con su visión del levantamiento, al que tituló “El complot de los cobardes” (17 de agosto en la *Revista de América*). Según Garro el Movimiento Estudiantil era simplemente el resultado de la manipulación de un sector de intelectuales que querían influir en la sucesión presidencial de 1970. Según ella, esos intelectuales (que no identificó) querían afectar a algunos y benefi-

ciar a otros aspirantes a la candidatura presidencial con tal de conservar sus privilegios en la burocracia.

Esa lectura conspiracionista reducía el mayor movimiento social en 50 años a una mera intriga de palacio; los estudiantes eran, según ella, la borregada que defendía los intereses creados. En su artículo había un párrafo revelador: “(El Movimiento) no trata simplemente de quemar ciudades y candidatos, sino de eliminar a todos aquellos demócratas e izquierdistas cuyas causas sean menos directas e inmediatas”. Pensaba en Carlos Madrazo como víctima del Movimiento.

El Movimiento Estudiantil sacó la faceta más conservadora de Elena Garro. Para ella no había más ruta de reforma al régimen que la de Carlos Madrazo, quien si bien disidente, era un hombre del sistema político, un priista que no quería destruir al PRI sino abrirlo un poco. En el discurso de izquierda del Movimiento Estudiantil, Elena Garro creyó que revivía el demonio estalinista que había conocido en la Guerra Civil española, supuestamente dirigido desde las sombras por los intelectuales que, como su ex marido, se habían acomodado a los privilegios del régimen que criticaban en público.

Garro pasó a la ofensiva. Acudió a dos asambleas del CNH a gritarles a los estudiantes que eran una “manga de mariguanos”. La acompañaba su hija Helena Paz, entonces de 29 años, que señaló a los intelectuales de oportunistas, que *manipulaban* el movi-

miento “porque temían perder el huesito” (*hueso* significa cargo o salario en el gobierno).

El 28 de septiembre de 1968 Garro recibió una llamada. Una voz anónima la insultó y le dijo que había una bomba en su casa. Se aterrorizó, le contó a su hija y decidieron huir. Se escondieron en una peluquería y de ahí se fueron a la casa de huéspedes de María Collado, la viuda de su primo Bonifacio.

Refugiadas en un cuarto en la calle de Lisboa, en la colonia Juárez, el 2 de octubre oyeron el ulular de sirenas. Esa noche, el Ejército mexicano acribilló a una multitud de estudiantes que se congregaron en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, al norte de la ciudad. Los soldados masacraron a 68 personas, desaparecieron a al menos 10, hirieron a cientos, arrestaron a muchedumbres. Después de que se retiraron los tanques de guerra llegaron los limpiadores a lavar la sangre.

El Movimiento Estudiantil había sido sofocado pero el prestigio internacional del PRI se hundía. Cientos de corresponsales extranjeros estaban en México para la cobertura de las Olimpiadas de 1968. La matanza era un escándalo internacional. El 4 de octubre el régimen recibió un nuevo golpe: el poeta Octavio Paz renunció a la embajada de México en Nueva Delhi, diciendo que no podía representar a un gobierno que asesinaba a sus jóvenes. Fue el único funcionario del gobierno que dejó su puesto en protesta por la matanza.

El 6 de octubre María Collado llegó al cuartito de Elena Garro y Helena Paz. Estaba aterrorizada. Las portadas de los periódicos decían que Carlos Madrazo, Humberto Romero (secretario del ex presidente Adolfo López Mateos) y Elena Garro eran las cabezas que estaban detrás del *complot* estudiantil contra el gobierno. Garro comprendió que su suerte había cambiado cuando uno de los habitantes de la pensión, al reconocerla en las primeras planas, aventó el periódico, dejó el desayuno a medias y salió corriendo.

La noche anterior, el 5 de octubre, el gobierno de México había convocado a una conferencia de prensa en el Campo Militar Número Uno, un sitio con mazmorras clandestinas donde tenían a líderes estudiantiles. Sócrates Campos Lemus, un miembro del CNH, fue llevado ante los reporteros. Afirmó que Elena Garro lo había contactado para proponerle que Carlos Madrazo encabezara el Movimiento Estudiantil, y le había ofrecido dinero y apoyo político en su nombre. En una cosa no mentía Campos Lemus: sí se había reunido con Elena Garro. Pero ella después contaría una historia muy diferente: dos jóvenes la habían forzado a salir de su casa para abordar un coche donde estaba Campos Lemus, quien le había pedido que intercediera ante Madrazo para obtener su apoyo al Movimiento Estudiantil, a lo que Garro se negó.

Al leer la noticia a Garro la invadió un pánico infinito. Ella, tan orgullosa de ser rubia, mandó a su

hija a comprar tinte Clairol color terciopelo negro. Esa tarde ambas se tiñeron el cabello. Garro quería apagar la flama de la acusación que le había caído entre las manos. A partir de entonces y durante 20 años sus decisiones estarían poseídas por el miedo. Debía negarlo todo. Decir que no era verdad. Helena Paz y ella llamaron a las redacciones y convocaron a una conferencia de prensa.

Los reporteros llegaron al comedor de la pensión de María Collado. Retrataron a las Elenas con el pelo escurrido y los goterones de pigmento negro cayendo por las sienes. Garro dijo lo que debía decir: que ella no tenía nada que ver con el Movimiento y que la acusación de Campos Lemus era falsa. De haber tenido oficio político habría sabido que era el momento de cerrar la boca y despedir a los periodistas. Pero no lo tenía. Los reporteros se lanzaron a la carga. Si no es usted ni Madrazo, ¿quiénes son, quiénes están detrás del Movimiento Estudiantil?

Acorralada, respondió: los intelectuales. ¿Quiénes, cuáles? Los que han ido a las manifestaciones, los que han firmado los manifiestos, respondió. Años después le contaría a Laura Ramos que ella les arrojó a los periodistas su directorio telefónico, donde tenía los nombres de dos centenas de intelectuales amigos suyos.

Mucho después, Elena Garro reconocería que ella había hablado de “los intelectuales”, pero negaría

haber dado el nombre de ninguno. Los reporteros contaron otra historia al día siguiente: Garro apuntaba su dedo acusador a los filósofos Luis Villoro, Ricardo Guerra, Leopoldo Zea; al rector Javier Barros Sierra; a los escritores Rosario Castellanos y Carlos Monsiváis y a los pintores José Luis Cuevas y Leonora Carrington. Y a muchos más. *El Universal* consignó que Garro había dado la fabulosa cantidad de 500 nombres.

Esa media hora bastó para arruinar su vida y su memoria. El México de ese entonces vivía bajo la dictadura de un partido hegemónico, el PRI, que reprimía y asesinaba a discreción a los disidentes. Con sus declaraciones —reales o inventadas por los periódicos— Elena Garro ponía en la mira de la represión a los intelectuales. Además le daba la razón a la propaganda del gobierno, que afirmaba que el 68 era una conjura de comunistas extranjeros para derrocar al presidente y sabotear las Olimpiadas.

Después de esas declaraciones empezó a correr el rumor de que Garro era espía de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), la agencia de represión política del gobierno, o agente de la CIA. Otros dijeron que estaba loca y la trataron como tal a partir de entonces. Algunos más notaron que la lista de nombres era de personas cercanas a Octavio Paz: Elena Garro, dijeron, era una despechada que arrojaba a la hoguera a los amigos de su ex marido. Carlos Monsiváis la llamó “la cantante del año” (*cantar* significa delatar).

Las declaraciones de Garro, desplegadas al otro día en las primeras planas, provocaron indignación y pánico. Monsiváis se escondió. Carrington temió por sus hijos y huyó del país. Luis Villoro no quiso escapar y se preparó para que derribaran su puerta y lo llevaran al penal de Lecumberri, lo que no ocurrió.

Empezó para Garro una etapa nebulosa. Los siguientes dos meses fue, con su hija Helena, personaje de una novela oscura que escribía Fernando Gutiérrez Barrios, un *Fouché* mexicano que encabezaba la Dirección Federal de Seguridad (DFS) y poseía una red de espionaje nacional. Gutiérrez Barrios era capitán retirado de la Marina. No parecía un policía sino un *dandy*: de finas maneras, trajes elegantes y conversación intelectual.

Dos agentes de la DFS llegaron a la pensión de María Collado y se llevaron a Garro y a su hija apenas terminada la conferencia de prensa. Era una detención extrajudicial, pero le dijeron que era un gesto de “protección” porque peligraba su vida. Las recluyeron en un cuarto del hotel Casa Blanca, en la plaza del Monumento a la Revolución (las oficinas de la DFS estaban en esa misma plaza). Permanecieron ahí hasta fines de noviembre, resguardadas por dos agentes, uno de ellos conocido como *El Tortugo*. Helena Paz aseguraría después que ocasionalmente las drogaron. Ambas recordaban que Gutiérrez Barrios se apersonaba en su cuarto para interrogarlas.

En la cautividad del hotel Casa Blanca las Elenas cometerían otros dos actos ominosos. El 23 de octubre *El Universal* publicó una carta de Helena Paz Garro dirigida a su padre. Era un texto lamentable, muy parecido al artículo “El complot de los cobardes” que había publicado su madre semanas antes. La *Chata* le decía a Paz que los intelectuales eran responsables de la matanza. Los acusaba de “haber perdido la batalla de Tlatelolco que los intelectuales organizaron y no asistieron”. Lamentaba que los “jóvenes terroristas” hubieran secundado los “llamados al crimen”. Ahora sí había nombres en negro sobre blanco: Cuevas, Barros Sierra, Villoro, Ramón Xirau, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos y Monsiváis. Al frente de la conspiración, decía Helena Paz, estaba su propio padre: “Temo que hayas sido el chivo expiatorio de los Héroes del Hueso”.

Casi cincuenta años después, el periodista Rafael Cabrera fatigó los expedientes de la DFS en el Archivo General de la Nación (AGN). Encontró la carta mecanografiada de Helena Paz Garro, con las siglas DFS 22-X-68 y una leyenda en un rectángulo de cartón: “Señor, sería conveniente no señalar que la entrevista con Elena Paz se efectuó en un hotel, sino que fue en un domicilio particular de una amistad relacionada con ellas”. Se trataba de las instrucciones que el agente de la DFS (¿Gutiérrez Barrios en persona?) le daba al editor de *El Universal*: había que omitir el detalle de que las Elenas habían producido el texto

cuando eran rehenes del gobierno. El periódico acató las órdenes y escribió que había recibido la carta “en un rancho cercano a la capital”. La Secretaría de Gobernación tradujo la carta al inglés y al francés y pagó la impresión de 30 mil folletos, a los que puso el logo apócrifo de Siglo XXXI, para que se confundiera con Siglo XXI, la editorial que dirigía Arnaldo Orfila y que era incómoda al régimen.

Las Elenas añadirían un último episodio funesto durante su cautividad. Lo contó Adolfo Bioy Casares en su *Diario*, en la entrada del 22 de octubre de 1968: “Explica Elena que los comunistas tirotearon al gobierno y al ejército y ahora se presentan como víctimas y (otras) calumnias; que hay peligro de que el país caiga en el comunismo”. Garro le pedía que enviara un telegrama de solidaridad al gobierno de Díaz Ordaz, suscrito por Borges, las hermanas Victoria y Silvina Ocampo y José Bianco. Sólo lo firmaron Bioy y Borges, y sumaron a Manuel Peyrou: “rogamos haga llegar nuestra adhesión al gobierno de México”, escribieron escuetamente.

Elena Garro y Helena Paz regresaron a la pensión de María Collado el 29 de noviembre de 1968. Las llevó *El Tortugo*. Estuvieron un par de meses ahí. Huyeron cuando descubrieron que sus dos gatos habían muerto envenenados, quizá también electrocutados. Empezó para ellas una etapa de absoluta soledad. Tocaron las puertas de Josefa Lozano —la madre de Paz—, Archibaldo Burns y otros amigos y familiares quienes,

en el mejor de los casos, les suplicaban que se fueran sin abrirles. Peregrinaron por hotelitos y pensiones. Sólo unas monjas se atrevieron a recibirlas en el convento de la Virgen Dolorosa, al sur de la ciudad. Después vagaron otra vez entre hoteles y departamentos hasta mediados de 1969.

El 4 de junio de 1969 el vuelo 704 de Mexicana se estrelló en el Pico del Fraile, a pocos kilómetros de Monterrey, a donde se dirigía. En el avión iban Carlos Madrazo y su esposa, Graciela Pintado, además de 77 pasajeros, entre ellos Rafael el *Pelón* Osuna, el mejor tenista en la historia de México. A pesar de que el peritaje oficial afirmó que había sido un accidente, Elena Garro nunca tuvo dudas: era un atentado de Luis Echeverría contra Carlos Madrazo.

La siguiente vez que estuvo en un aeropuerto, en 1974, Garro escribió a mano un testamento donde responsabilizaba al gobierno de México de cualquier ataque contra su vida. Temía que su avión se derribara en pleno vuelo.

Me encontré con Sócrates Campos Lemus en una plaza comercial de la Ciudad de México en julio de 2018. Desayunamos y tomamos café. Me habló de médicos y medicinas, de dolencias en la cabeza y cadera. Me contó que vivía en un barrio residencial de Oaxaca, que disfrutaba de un patrimonio acumulado como servidor público de mediano nivel, en cargos en los que había vendido su fuerza de trabajo, no su conciencia. Me

contó de su amistad con Fernando Gutiérrez Barrios (entonces titular de la DFS) y otros políticos del PRI, entre gobernadores y altos funcionarios. Habló de su pertenencia a la masonería.

“Ni agente de la CIA, ni del gobierno, ni infiltrado, ni provocador. Demuéstrame que fui agente, o militar, y todo lo que he ganado ahí te lo regalo”, me dijo. Aceptó que, después de la masacre de Tlatelolco, había identificado a sus compañeros del CNH en el Campo Militar Número Uno. No le pareció ninguna traición porque, dijo, era un movimiento público y el gobierno tenía las fotografías de todos. Reconoció que sí, que había declarado ante la prensa sobre los comandos armados del CNH y la supuesta conspiración de Carlos Madrazo y Elena Garro. Pero lo hizo obligado, bajo tortura, ante simulacros de fusilamiento y la amenaza de que tenían a su madre e iban a matarla. De la reunión con Garro se sostuvo en la misma versión: fue la escritora quien le propuso que Madrazo los encabezara. “Si fuera un chivo expiatorio o traidor, si yo solo pude contra todo el Movimiento, entonces el Movimiento no sirvió para nada. Ese argumento es absurdo”, me dijo (tomo este párrafo de mi libro *El 68, una historia oral más allá de la masacre de Tlatelolco*, publicado en edición digital por el Instituto Belisario Domínguez en 2018).

* * *

Después del 6 de octubre de 1968 las puertas del mundo se cerraron para Elena Garro. Uno de los pocos amigos que le quedaban, el oncólogo Roberto Garza, le advirtió que su hija podía tener cáncer, pero que no debía operarla en el país “porque la política puede llegar hasta la mesa de operaciones”.

Garro vivía en función del miedo y, en ese estado, cualquier teoría conspiracionista, por absurda que pareciera, le parecía creíble. Deseaba creerla. El contexto militaba a favor de la paranoia: era plena *Guerra Fría* y la Ciudad de México era teatro de espías estadounidenses, rusos, cubanos y demás. La propia Garro se había visto envuelta en una intriga internacional: en 1963 había acudido a una fiesta de twist a la que asistió también Lee Harvey Oswald, quien mataría a Kennedy meses después. Tras esa fiesta Garro se convirtió en blanco ocasional del espionaje norteamericano.

Después de sus declaraciones de 68, Garro salió dos veces de México. La primera en 1969: con su hija Helena, cruzó la frontera como ilegal para no dejar registro. Regresaron poco después y volvieron a marcharse en 1972, y no pisarían su país en casi dos décadas. Según su propio relato, madre e hija caerían hasta el fondo: conocerían el hambre y la miseria; recorrerían hostales baratos, pernoctarían en asilos de indigentes.

Las Elenas se instalaron en Nueva York con la esperanza de recibir asilo político, pero para las au-

toridades estadounidenses no fue un caso digno de análisis: en México, decían, no había dictadura ni sus vidas estaban amenazadas. Las Elenas sopesaron opciones: Lisboa, La Habana, París. Optaron por España porque tenían parientes en Madrid y Asturias. La académica chilena Gabriela Mora les pagó los boletos de avión y volaron el 29 de mayo de 1974. Ya en España tocaron a la puerta de sus parientes pero pronto se enemistaron con ellos.

La situación se agravaba por la salud de la *Chata*: padecía hemorragias vaginales que la postraban en cama. Alquilaban un piso y al poco tiempo no tenían para pagar la renta y se escapaban en mitad de la noche. Pronto ya no tuvieron ni para el depósito, así que deambularon por hostales baratos. Viajaban, además, con dos gatos que habían llevado desde Nueva York, Lola y Pedro (o Petroushka) a quienes escondían en maletas y, cuando salían a la calle, los dejaban ocultos en el armario. Comían sopa Knorr y una Navidad la pasaron con dos papas hervidas. Garro perdió las gafas y la lectura le daba dolor de cabeza. Cuando la situación era más apremiante, empeñaba la máquina de escribir. “Por caridad de Cristo, gírame dinero. Hace siete años que no me dan trabajo de nada”, le suplicaba a Gabriela Mora. La pobreza la envejecía: su cara se parecía, dijo, a un Picasso cubista. Su cabello dorado se convertía en blanco y opaco.

Su vida interior era mucho más opresiva. Se sentía víctima de una conspiración de Octavio Paz que,

según Garro, se esforzaba por verla humillada y sometida. Temía que el vendedor de periódicos, el dueño del hostel, el turista que se cruzaba por la calle pudieran ser parte de una maquinación de su ex marido. Lo responsabilizaba de no conseguir trabajo. Lo acusaba de matar a Helena poco a poco al negarse a pagar su hospitalización.

La situación era más triste en tanto las Elenas dependían de Paz para sobrevivir. La mesada de 400 dólares era su único ingreso, además de las ayudas de Mora, que le mandaba 200 o 300 dólares siempre que podía. El delirio de persecución generó un personaje, La Giganta, un supuesto agente de Octavio Paz que seguía a las Elenas y a quien Garro le tenía terror. Sueños desoladores la asediaban por las noches y, para conjurarlos, Garro empezó a tomarse dos valiums para dormir sin soñar. En esas épocas madre e hija dormían hasta 17 horas seguidas.

A pesar de la pobreza, Garro cargó con seis baúles, que pesaban 164 kilos, repletos de papeles. Guardaba cientos de cartas: de Paz, Bioy Casares, José Bianco. Y los borradores de seis novelas y de muchísimos cuentos que escribía desde los cincuenta: “Escribo para el vacío pues nadie publicará nada... Cuando una mujer escribe, muere. Es su sentencia de muerte”. Vivía su exilio como una expiación. Sabía que había cometido un pecado muy grave pero no sabía cuál. Quería hablar con un sacerdote para sentir el alivio de

la confesión, pero desconocía su falta. “¿Por qué Dios ha dejado de escuchar mis súplicas, si antes hacía milagros?” “Soy una basura tirada en un pueblo de piedra”.

En mayo del 78 las Elenas, sin un peso para los hostales, cayeron en un asilo de mendigos, en donde sólo las dejaban estar de noche: de día debían vagar por Madrid. Pero los tiempos les hicieron un guiño: había muerto Franco (Garro fue a su funeral) y, con la transición, llegó el socialista Enrique Tierno Galván a la alcaldía de la ciudad. Él se enteró de que la hija del poeta Octavio Paz vivía entre indigentes, la rescató junto a su madre, y las instaló en un departamento. A partir de entonces la situación empezó a mejorar.

En México, el dramaturgo Emilio Carballido se asumió como su agente literario, promoviendo sus textos y animándola a escribir. Mientras tanto, ella estudiaba la Revolución Rusa, reunía 2,700 fichas bibliográficas y escribía una novela de 400 páginas que iba del cisma en la Iglesia ortodoxa a la Cuarta Internacional de Trotski. La acción giraba en torno de la princesa Anastasia, quien según la ficción garriana, había sobrevivido al fusilamiento de la familia Romanov y se había cambiado el nombre a Greta Garbo. Garro creía que su novela sería un *best-seller* pero nunca se publicó y el manuscrito se ha perdido.

En 1979 las Elenas conocieron a la poeta Clara Janés, que me respondió algunas preguntas por correo electrónico. Janés nunca sospechó que hubieran vivi-

do en un asilo de indigentes ni que hayan pasado hambres. Cuando las conoció estaban ya instaladas en un lindo apartamento: “yo nunca las vi en la precariedad. Eran dos artistas llenas de imaginación, y sobre todo Elena Garro [era] muy atractiva”. En 1980 *Testimonios sobre Mariana* —una novela que había empezado a escribir años atrás y que estaba entre los manuscritos de su baúl— ganó el concurso Grijalbo de novela. Con los ocho mil dólares del premio se instalaron en París.

* * *

Elena Garro mantuvo siempre una desastrosa relación con el dinero. Cuanto más tenía menos le alcanzaba y se enredaba en deudas nuevas para pagar otras viejas. Le gustaba vivir bien, con servidumbre y chofer, porque ni ella ni su hija aprendieron nunca a manejar. Disfrutaba de los buenos vestidos, los abrigos de pieles y los collares de perlas tanto como vivir en barrios elegantes. “Podían tener 10 millones en una cuenta bancaria y a los tres meses ya no les quedaba ni un quinto”, recordó la novelista Vilma Fuentes, una de las amigas más cercanas de las Elenas en la última etapa que vivieron en París (1980-1993). Pero esa compulsión por el derroche la terminaba pagando siempre alguien.

Cuando Elena Garro regresó a México en 1963 rentó una casa en las Lomas de Virreyes —un lujoso barrio— en la calle de Fernando Alencastre 220. La amuebló y decoró a todo lujo y la convirtió en refugio

de decenas de campesinos pobres, guerrilleros y estudiantes perseguidos. En cada comida había tres servicios: uno para la servidumbre y los refugiados; otro para los invitados —con manteles largos— y uno más para los íntimos. Pero no pagaba la renta. “Raúl F. Cárdenas, cada vez que iba a cobrar el alquiler, salía sin un peso en el bolsillo pues caía rendido a la plática y encanto que Elena desplegaba al no tener con qué pagarle”, escribió el investigador Rafael Cabrera.

A Elena Garro y a su hija les gustaban los vestidos de alta costura. Caía un cheque de Octavio Paz y corrían a comprarse trajes de Chanel o Dior aunque al otro día se quedaran sin comer. Si tenían dinero compraban saleros de plata Cartier y abrigos de antílope. Amaban a los animales y sentían profunda compasión por los gatos abandonados. Los recogían, curaban y llevaban a su casa, y gastaban fortunas en la comida más fina para ellos. Eran asiduas al teléfono y tenían amigos en diversas partes del mundo. Las cuentas de teléfono eran estratosféricas.

En cuanto al departamento que Archibaldo Burns le había comprado en París, las versiones varían: que si Elena Garro lo descubrió en una relación homosexual y lo chantajeó para quedarse con el inmueble; que si Helena Paz le robó una importante suma en efectivo, o que si Elena simplemente lo convenció de poner el piso a su nombre. Como haya sido, las Elenas habitaron y fueron propietarias de ese departamento magnífico, que en algún momento hipotecaron. Octa-

vio Paz fue quien pagó una parte de la deuda para evitar que lo perdieran.

Cuando las Elenas regresaron a México en 1963 vendieron ese departamento y decoraron con lujo la casa de Alencastre. En 1972, cuando huyeron a Nueva York, les quedaban sólo 20 mil dólares. De ahí partieron a Madrid en 1974 sin un centavo y el billete de avión se los tuvo que pagar la académica Gabriela Mora.

El exilio en París, en los años ochenta, no las detuvo para comprarse lujos. En una ocasión Helena Paz llegó a su casa con un bulto de ropa en una bolsa de lavandería. Elena Garro sospechó el engaño y descubrió que, debajo de la ropa sucia, había tres trajes sastre. Helenita argumentó que estaban de oferta y no pudo resistir a la tentación. Su madre se enfureció porque los había comprado con cheques sin fondos. La escena me la cuenta la novelista Vilma Fuentes, a quien llamo por WhatsApp a París:

“—Maldita, te vas a ir al infierno...

—No digas eso, mamá, el infierno no... Sólo gasté 16 mil francos porque estaban en barata.

—A ver el cheque... nos van a meter a la cárcel, te vas a ir al infierno.

Helenita, para librarse del regaño, se puso de rodillas:

—Mamá, te juro que escribes mejor que papá.

—Pero yo escribo novelas y él poesía, no se pueden comparar —recuerda Fuentes”.

Llegaron más lejos en otra ocasión: una vez, al contestar el teléfono, Vilma Fuentes escuchó la voz de Helena Paz, que le decía con mucho dolor que su madre había muerto, que por favor pasara por la embajada mexicana por un cheque para pagar los gastos funerarios. De luto por la muerte de Elena, que era una de sus amigas más cercanas, Vilma Fuentes fue a la embajada, recogió el dinero y tocó la puerta de la casa de las Elenas. Le abrió Helenita, tomó el cheque y exclamó: “¡Milagro, milagro, la Virgen del Pilar la resucitó!” Elena Garro fumaba en la cocina.

En 1990 Octavio Paz invitó a su hija Helena a la entrega del premio Nobel en Estocolmo. Le mandó 100 mil pesos, que ella se gastó en un día en ropa y un abrigo carísimo. Llegó tarde a la ceremonia por estar atenta a los arreglos del vestido.

* * *

“Mi relación con las Elenas —me dice Vilma Fuentes— la relato en mi novela *Flores negras*. Hago una sátira porque estaban más locas que dos cabras. Tenía una relación muy fuerte con ellas desde que yo estaba en el primer año de la universidad, en 1967. Recuerdo una comida en su casa de Alencastre: estaba Juanito de la Cabada muerto de miedo, casi temblando porque las Elenas siempre estaban inventando cosas y Juanito se las creía: que iba a llegar el Ejército a arrestarnos, que iba a haber un temblor porque lo habían predicho las

esferas... echaban mucho el I Ching y llegaron a preguntarle a las cartas si las cartas decían la verdad.

“Vino la persecución del 68 y unos amigos de mi ex marido David Huerta conocieron a las Elenas y estaban convencidos de que sí las estaban persiguiendo y según ellos las ayudaron a salir del país. Yo las dejé de ver porque me vine a vivir París. Las reencontré en una exposición de José Luis Cuevas en una galería parisina. Me salí y de pronto se me echan encima dos figuras que me hablan directo al oído. Son las Elenas de nuevo.

“Me adoraban, estaban encaprichadas conmigo. Llegó a ser una relación simbiótica. Nos veíamos casi diario; si comíamos, yo llevaba la comida, compraba dos pollos rostizados. Nos juntábamos para ver a otros amigos y también las acompañaba si las entrevistaba un periodista. Las navidades las pasaban en mi casa y había que pagarles el taxi de regreso a casa.

“Les conocí varios departamentos. El segundo era uno muy bueno en Champ de Mars que pertenecía a la familia del presidente Giscard D’Estaing. Era un lugar muy elegante donde se les cayó la gata del tercer piso, quedó viva pero medio chueca, y le agarraron tirria al departamento. Luego se fueron al distrito 16. Ahí tenían seis piezas pero como era planta baja convencían a los mexicanos que pasaban a saludarlas de que eran muy pobres.

“Les llegué a contar ocho gatos pero podrían ser más porque los gatos se esconden y tenían gatitos. Nos sacamos unas fotos en ese departamento con Jack, mi marido. De ahí fuimos a cenar a un restaurante, Elena se vistió elegantísima con un collar de perlas y pidió lo más caro. En otra ocasión fuimos a un restaurante camboyano y acabamos a la comisaría porque Elena juraba que las meseras eran víctimas de trata de blancas y fue a acusar al dueño, que probó que eran mayores de edad y que todo era legal.

“Dice Jack, mi esposo, que Elena Garro era muy bella a sus más de sesenta y tantos. Y tenía la clase: era elegante, distinguida, y eso no se lo quitaba nadie. Su cabello era completamente rubio, dorado, y no se lo pintaba. Helenita sí lo teñía de todos los colores, incluso de platino, pero ella no. Elena era famosa por sus réplicas. Podía destruir a cualquiera con una ironía sin que fuera burda.

“Gastaban demasiado. Podían tener 100 mil francos por mes y quedaban endeudadas. Paz siempre les mandó dinero. Una vez hablé con Paz, (su esposa Mari Jo me lo pasó) porque según ellas no tenían qué comer. Era puro cuento, estaban endeudadas, que es distinto. Helenita le inventaba demasiadas cosas. Veinte veces le dijo que se estaba muriendo de cáncer. Nadie quería hablarle a Paz porque todo mundo tenía miedo. Paz me dijo ‘Qué bueno que me habla usted, Vilma, voy a ocuparme de eso’. Y un mes

después, en plena crisis de la devaluación (en 1984), le consiguió un puesto en el consulado mexicano. Ahí le pegaba las visas a los pasaportes. Aunque en realidad Helenita hacía lo que se le pegaba la gana y nadie decía nada porque era la hija de Paz y de Elena.

“Las Elenas te podían marcar a las 3 o a las 6 de la mañana...”

—Tengo el champú en la cabeza, Helenita...

—Es que, Vilma, tienes que venir enseguida. Mamá decidió matarse y no sé qué hacer. Metió la cabeza en el horno y ya le abrió al gas. Tú puedes vencerla, vente enseguida.

“Eso podía ser a cualquier hora.

“Del 68 ellas mismas variaban las versiones: que las habían perseguido Benítez, Fuentes, Paz; a veces que las habían querido matar gentes del gobierno. Pasaban de una versión a otra con una facilidad enorme.

—No, mamá, no fue así... —decía Helenita.

—¿Entonces sí nos perseguían? —le preguntaba Elena.

—Mamá, hoy en la embajada, el tipo que te dije que llegó al consulado, creo que es un espía del Mossad.

“Y Elena entraba en la paranoia total. Al día siguiente podía ser de la CIA o Gobernación. Veían a todos los agentes del mundo espíandolas. Confundía la realidad y la ficción sin estar loca. Cuando digo loca como una cabra, no es que sean personas de manicomio, es otra cosa.

“Elena se puso a escribir sobre los Romanov. Estaba convencida de que Natasha había escapado del fusilamiento y era Greta Garbo. Pero en el fondo quería convencerme a mí de que ella era la otra archiduquesa Romanov. Me enseñaba las fotos y me preguntaba: ‘¿verdad que me parezco a Greta Garbo?’, y yo le decía: ‘¿pero qué edad tendrías entonces, Elena?’ Era tan hostil a Lenin porque mató a los zares y Elena se sentía emparentada con ellos.

“Ella quería que yo le corrigiera sus *Memoorias de España* y su Historia de Rusia. Pero le eché una ojeada y le dije que no. Era bastante confuso. Estaba desestructurado. Elena escribía por parrafadas, en fulgores. No es que no fuera buena, necesitaba un trabajo de edición, de estructura, era un borrador.

“Cuando me dijeron, el 22 de agosto de 1998, que Elena había muerto en Cuernavaca, yo escribí: No, Elena no ha muerto, es otra invención suya. No me asombraría encontrarla sentada a la mesa del café, muerta de risa por la broma. ¿Y si la Virgen del Pilar hubiese hecho el milagro de resucitarla, como ya lo hizo en otras ocasiones? A mí no me cuentan... ¿Elena muerta?, ¡mentiras tuyas, inventos!”

* * *

En las penurias del exilio, que fue de 1972 a 1993, Elena Garro nunca dejó de escribir. Acostada en la cama con la Remington sobre las piernas, produjo nueve

novelas, un libro de cuentos, una obra de teatro y las *Memorias de España 1937*.

Sus antiguos amigos, sin embargo, recibieron esas piezas con desdén: “Son libros deshilvanados, como suéteres que se les corren los hilos de las mangas”, me dijo Elena Poniatowska. Su prosa de esa época, escribió Poniatowska en *Las siete cabritas*, “fue perdiendo fuerza al convertirse en una larga recriminación en contra de Octavio Paz, el verdugo, el acusador, el poderoso...” Para Emmanuel Carballo —que conversó profusamente con la periodista Patricia Vega sobre Garro— eran novelas escritas con prisa y entregadas al editor sin corregir, con tal de ganar unos pesos para pagar uno o dos meses de alquiler. Carballo dijo en una entrevista que Garro era una escritora indolente, sin disciplina y que no se tomaba en serio a sí misma como autora.

Estas opiniones —y otras similares— han dividido la obra de Garro en dos períodos: uno genial, con las piezas teatrales de *Un hogar sólido* (1958), *Los recuerdos del porvenir* (1963) y los cuentos de *La semana de colores* (1963). Con esos tres volúmenes se ganó elogios como “la mejor escritora mexicana después de Sor Juana Inés de la Cruz” (como dice el dramaturgo Guillermo Schmidhuber) y “precursora del realismo mágico”.

Garro dejó de publicar durante 16 años hasta los cuentos de *Andamos huyendo, Lola* (1980). Unáni-

memente devaluado, el segundo período de su trabajo corresponde a sus años de pobreza en Estados Unidos, España y Francia: los cuentos de *Andamos huyendo*, *Lola* (1980), y las novelas *Testimonios sobre Mariana* (1981), *Reencuentro de personajes*, *La casa junto al río* (1982), *Y Matarazo no llamó...* (1991), *Inés* (1995), *Busca mi esquila & Primer amor* (1995), *Un corazón en un bote de basura*, *Un traje rojo para un duelo* (1996) y *Mi hermanita Magdalena* (1998). Nora de la Cruz, especialista en su obra, ha notado que los libros canonizados son aquellos que validó y promovió Octavio Paz y, el resto, los que él ignoró.

Una nueva generación de lectores, sin embargo, ha encontrado en *Testimonios sobre Mariana* (1981) y *Reencuentro de personajes* (1982) “el uso de recursos narrativos modernos y complejos, como los puntos de vista múltiples y la metaficción” (Nora de la Cruz). El escritor y crítico Geney Beltrán afirma que, en efecto, en la segunda etapa de su obra, Garro está menos preocupada por el preciosismo de la prosa y más por la eficacia dramática. En su primera etapa los protagonistas son los vulnerables y marginados de la sociedad: campesinos, indígenas, niños abandonados y mujeres pobres. En la segunda, la voz dominante es la de una mujer de clase media que acusa los abusos masculinos, como apunta Lucía Melgar.

Pero Elena Garro nunca pensó su obra en dos etapas. En realidad, las novelas que publicó a partir

de 1980 había empezado a trabajarlas desde mediados de los cincuenta. La novela *Y Matarazo no llamó...* (1991) nació como un cuento en 1956 (se conserva el manuscrito inédito) y Garro la corrigió hasta llegar a una breve y poderosa *nouvelle* de denuncia política narrada desde una voz masculina, un personaje que recuerda a los pequeños héroes de Dostoievski. Melgar añade que Garro dejó de escribir cuando la novela sobre la Revolución Rusa fue rechazada. Ella pensaba que sería un *best-seller* y los diez años de trabajo no pasaron siquiera el filtro editorial.

Un grupo de escritores (José María Fernández Unsaín, René Avilés Fabila, Rosario Casco) convenció a Elena Garro de regresar a México en 1991. Sabían que existía una generación de lectores jóvenes que admiraban su obra y eran ajenos al escándalo de 1968. Ella, de 75 años, aceptó. Le organizaron homenajes en un puñado de ciudades. Consiguieron que la gira concluyera en la Ciudad de México, en el mayor templo de la cultura oficial, el Palacio de Bellas Artes. Las autoridades, sin embargo, le negaron las salas importantes del recinto y la mandaron a un rincón que se atiborró de jóvenes que querían escucharla. Nostálgica de sus gatos, regresó a París apenas terminaron los homenajes.

Esos mismos amigos convencieron a Garro de que regresara a México de manera definitiva. Pero no les salió gratis: tuvieron que hacer un pacto de silen-

cio con Octavio Paz. Se comprometieron a que “el retorno de su ex esposa e hija no entrañaría la amenaza de ventilar, de manera pública, los diversos aspectos de su conflictivo vínculo con Elena Garro”, como escribió la periodista Patricia Vega, testigo y partícipe de esas negociaciones.

Elena Garro y Helena Paz volvieron a México definitivamente el 11 de junio de 1993. Se instalaron en un departamento en Cuernavaca, propiedad de Estrella Garro, hermana menor de Elena, con una comunidad de unos 20 gatos, casi todos recogidos de la calle. El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes la declaró “creadora emérita”, un nombramiento que le permitía recibir un salario del gobierno de poco menos de 10 mil pesos de entonces, el sueldo de un profesor universitario. Sus ingresos se completaban con la mesada de Paz.

Y sin embargo las Elenas vivían en la miseria. No tenían refrigerador sino hieleras llenas de coca-colas. Dormían en la sala, en sillones viejos que se hacían camas en la noche, y en el verano las agobiaba el calor: las recámaras con aire acondicionado estaban reservadas para los felinos. Cada una fumaba dos cajetillas de cigarros mentolados al día. Elena Garro, con enfisema pulmonar, alternaba una chupada al tabaco y una aspiración a su tanque de oxígeno.

Las Elenas temen que los gatos escapen y por eso mantienen las puertas y ventanas cerradas. Eso provoca que el olor a orines de gato y el calor de Cuernavaca se acumulen en el departamentito de la calle Manantiales. Los sillones están forrados de plástico transparente, lo que los vuelve más calurosos. Están regados los manuscritos de Elena. Atados con ligas están algunas de las novelas más interesantes de la literatura mexicana. Hay cucarachas deambulando pero no hay platos dónde servirse la comida. Quizá no hagan tanta falta: Elena casi no come. Se mantiene del café y la coca-cola. La televisión está prendida y emite, a volumen muy alto, la *telechatarra* de los años noventa. Sobre la mesita hay imágenes de San Miguel Arcángel y Santa Teresa de Ávila. Elena les reza. También le reza a Tláloc, el dios de la lluvia.

Ahí está Elena. Sentada siempre en el mismo sillón. Conforme avanza su cáncer de pulmón, se atará a una máquina de oxígeno pero no dejará de fumar. Habla bajito, en una mezcla de español y francés, síntoma de que extraña París. Tiene, entre sus papeles, un legajo dedicado a 1968. Son un montón de recortes y apuntes en carpetas y bolsas de plástico. “Pensaba usarlo para defenderse en un tribunal si la incriminaban”.

A la escena entra Laura Elena Paz Garro, la *Chata*. “Me salió tomadora”, dice su madre. Adicta a la mezcla de alcohol y medicamentos psiquiátricos. La

Chata pierde el control, insulta, rompe floreros y jarrones. La farmacia cercana se niega a venderle pastillas: saben que ella falsifica las recetas médicas. Y sin embargo las consiguen. Una vez a la semana —calcula la testigo de este cuadro— se repite una escena dramática: a la *Chata* se le pasa la dosis de alcohol y pastillas y pierde el conocimiento, cae al piso desmayada, con los ojos abiertos.

En este momento entra Jesús Garro. Hijo de Albano Garro, sobrino de Elena y primo de la *Chata*. Pega con los puños en las paredes:

—¡No, otra vez no! —grita él.

—Déjala, hombre, déjala —le suplica Elena Garro.

—¡Despierta, hija de la chingada!, te lo dije: que no te tomaras esas pastillas.

Jesús le pega en la cara para reanimarla, la obliga tomar pan y café. *Chata* se reanima y está agresiva, gritando. Jesús la zangolotea.

Jesús Garro juega un extraño papel: una mezcla de cuidador, padre represor y parásito de las Elenas. Les administra su dinero y ellas lo acusan de que les roba. Las insulta. “¡Estás loca y vieja para esas pendejadas!”, regaña en una ocasión a Elena Garro. Ella dice que además las golpea.

Laura Ramos tiene 27 años, es de Monterrey y la editorial Castillo la ha comisionado para que trate personalmente a las Elenas. Las visita varias veces

en Cuernavaca, las llama por teléfono, las anima a escribir más —sin éxito—, y ellas la consideran su amiga. La llaman Leona por su abundante cabellera. Veinticinco años después Laura Ramos publica su testimonio en *Elena Garro: los recuerdos sin porvenir* (Aguilar, 2023). De ese libro tomo estas escenas.

La *Chata* despierta del pasón y empieza a gritar insultos. Laura Ramos no soporta la peste a gato, la abrumba la escena y quiere huir. Jesús Garro la encara con su porte de macho y se para en la puerta. No la deja ir hasta que le saca el compromiso de llamarle a Octavio Paz para pedirle más dinero. “Salí de allí dejando a Elena en el limbo, viendo a su hija balbucir y gritar incoherencias”, describe Ramos.

Laura Ramos tiene el oído fino y registra la inmensa culpa de la escritora. Elena decía que su vida era un castigo de Dios y que “Cuernavaca era su fin y el infierno”.

“Soy un pecado terrible”.

“Me enterraron viva y me volvieron a desenterrar”.

“Esto parece la penitenciaría. Fui feliz de niña, isólo en la niñez!”

“Tuve muchos amantes, pero ninguno que lo diera todo por mí, y cuando más lo requerí, me rechazaron o me abandonaron”.

“Lo que me pasa ahora, Leona, es un castigo. Todos estos malos tratos es por lo de 1968”.

Elena Garro recibía amigos y periodistas y, cuando le preguntaban por 1968, daba una respuesta aprendida: “No entendí el Movimiento, metí la pata, Carlos Madrazo me había advertido que no dijera nada”. Pero nunca pudo deshacerse del estigma de loca y delatora. Sobre ella había caído hacía años una *fatwa* no declarada pero cumplida: una condena al olvido. Emmanuel Carballo se lo dijo así a Patricia Vega: “los grandes santones de la cultura mexicana le decretaron muerte civil; después le conmutaron sentencia por ostracismo perpetuo, la convirtieron en una no persona”.

Octavio Paz murió el 19 de abril de 1998. “Se me adelantó. Él me va a recibir allá arriba. Yo lo perdono. Sé que él me ha perdonado y espero pronto reunirme con él”, dijo Garro (Poniatowska, *Las siete cabritas*, 113). Sus restos se velaron en el Palacio de Bellas Artes con pompa de funerales de Estado. Cinco meses después, el 22 de agosto de 1998, Elena Garro Navarro murió de 81 años. A su entierro en Cuernavaca acudieron unas doce personas y, salvo Huberto Batis, ningún intelectual de peso. El 30 de marzo de 2014 la estirpe se extinguió con la muerte, a los 74 años, de Helena Paz Garro.

Abundan los intelectuales mexicanos con oscuros episodios biográficos. Están en el panteón oficial de los grandes escritores y se les recuerda como

figuras de autoridad moral. Pero a Elena Garro no se le perdona, todavía, esa media hora funesta que, frente a los periodistas, acusó a sus pares, los intelectuales, de dirigir una supuesta conspiración para derrocar al gobierno, una tesis por completo fantasiosa pero útil al PRI.

A Elena Garro le cobraron —le cobran aún— la desfachatez con la que se había desenvuelto en los cincuenta y los sesenta: su denuncia de los intelectuales que labraban una reputación como críticos del régimen pero recibían dinero y prebendas del gobierno. Le cobraron el hecho de ser mujer y de vociferar su desprecio por los caudillos culturales como Fernando Benítez y Carlos Fuentes. Le cobraron no alinearse con la izquierda estalinista ni con la facción dominante en el PRI.

Y se lo cobraron amigos y enemigos. Carballo, uno de los pocos que se escribió con Garro en los años de exilio, decía en 1991 a Patricia Vega: “es como una escritora clandestina, hay que hablar en voz baja de ella para que nadie lo sepa porque nos puede pasar algo, como si fuera una conspiradora, una dinamitera [...] aunque merezca todos los homenajes yo la prefiero como una escritora maldita y mítica, autora de una obra perdurable, original, distinta [...] esa es la belleza de Garro y me gustaría que se muriera con ella”.

En efecto, murió con esa belleza, y acaso Carballo quedó feliz, pero sus lectores salieron perdiendo. Salvo *Los recuerdos del porvenir*, constantemente

reimpreso, el resto de los libros de Elena Garro eran difíciles de conseguir. El 16 de diciembre de 2016 se le rindieron homenajes por su centenario pero la *fatwa* seguía en pie. Una de sus amigas la descalificó de un plumazo: “estaba chifletas”, me dijo. Otro más la disculpó por “sus problemas mentales”.

Dice el escritor y crítico Geney Beltrán Félix: “Confío en que no pase mucho tiempo antes de que las nuevas generaciones de lectores descubran *Testimonios sobre Mariana, Reencuentro de personajes, Y Matarazo no llamó..., Un traje rojo para un duelo*, no como títulos subsidiarios o rebabas, sino como las piezas mayores que son, obras palpitantes y cuestionadoras en el continente literario de una autora que no necesita que la salvemos de nada ni le hagamos condescendentemente ningún favor para leerla, estudiarla, disfrutarla como la más grande artista literaria del siglo XX en Hispanoamérica”.

Estoy y estuve en muchos ojos.

Yo sólo soy memoria y la memoria que de mí se tenga.

Larga memoria a Elena Garro.

Emiliano Ruiz Parra

(Ciudad de México, 1982)

Estudió Letras Hispánicas, fue reportero diarista en *Reforma*, colaborador asiduo de la revista *Gatopardo* y ha escrito tres libros de crónica: *Ovejas negras: rebeldes de la Iglesia mexicana del siglo XXI* (Océano, 2012); *Los hijos de la ira, las víctimas de la alternancia mexicana* (Océano, 2015) y *Obra negra* (Tierra Adentro, 2017). Ha enseñado literatura medieval, ha impartido talleres de periodismo narrativo y desde 2020 es titular de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. **Para Leer en Libertad.** Varios autores.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
11. **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68.** Varios autores.
13. **De los cuates pa' la raza.** Varios autores.
14. **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra,** de Armando Bartra.
18. **El principio,** de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación.** Varios autores.
21. **No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español,** de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto,** de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II
24. **El viento me pertenece un poco** (poemario), de Enrique González Rojo.
25. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial,** de Luis Hernández Navarro.
26. **Las dos muertes de Juan Escudero,** de Paco Ignacio Taibo II.
27. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía.** Varios autores.
28. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México.** Varios autores.
29. **De los cuates pa' la raza 2.** Varios autores.

30. **El exilio rojo. Cinco autores de lengua alemana en México.** Compilador Paco Ignacio Taibo II.
31. **Siembra de concreto, cosecha de ira,** de Luis Hernández Navarro.
32. **El Retorno,** de Roberto Rico Ramírez.
33. **Irapuato mi amor,** de Paco Ignacio Taibo II.
34. **López Obrador: los comienzos,** de Paco Ignacio Taibo II.
35. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto,** de Emilio Carballido.
36. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20,** de Mario Gill.
37. **¿Por qué votar por AMLO?,** de Guillermo Zamora.
38. **El desafuero: la gran ignominia,** de Héctor Díaz Polanco.
39. **Las muertes de Aurora,** de Gerardo de la Torre.
40. **Si Villa viviera con López anduviera,** de Paco Ignacio Taibo II.
41. **Emiliano y Pancho,** de Pedro Salmerón.
42. **La chispa. Orígenes del Movimiento Urbano Popular en el Valle de México,** de Pedro Moctezuma.
43. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.** Varios autores.
44. **El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.
45. **Historia de una huelga,** de Francisco Pérez Arce.
46. **Antología Literaria I ADO.** Varios autores.
47. **Antología Literaria II ADO.** Varios autores.
48. **Antología Literaria III ADO.** Varios autores.
49. **Antología Literaria IV ADO.** Varios autores.
50. **Todos somos migrantes.** Varios autores.
51. **Guevara historia,** de Carlos Soria Galvarro.
52. **Vagando entre sombras y otras historias,** de Guillermo Fabela.
53. **Hablar en tiempos oscuros,** de Bertold Brecht.
54. **Fraude 2012.** Varios autores.
55. **Inquilinos del DF,** de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Folleto contra la Reforma Laboral,** de Jorge Fernández Souza.
57. **México indómito,** de Fabrizio Mejía Madrid.
58. **68: Gesta, fiesta y protesta,** de Humberto Musacchio.
59. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
60. **1968. El mayo de la revolución,** de Armando Bartra.
61. **Tres años leyendo en libertad.** Varios autores.
62. **El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
63. **El mundo en los ojos de un ciego,** de Paco Ignacio Taibo II.
64. **Más libros, más libres,** de Huidobro (no descargable).
66. **Sin novedad en el frente,** de Erich Maria Remarque.
67. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida,** de Jorge Belarmino Fernández.

68. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
69. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
70. **Memorias de la lucha sandinista Tomo I**, de Mónica Baltodano (no descargable).
71. **Memorias de la lucha sandinista Tomo II**, de Mónica Baltodano (no descargable).
72. **Memorias de la lucha sandinista Tomo III**, de Mónica Baltodano (no descargable).
73. **Memorias de la lucha sandinista Tomo IV**, de Mónica Baltodano (no descargable).
74. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
75. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
76. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
77. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
78. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
79. **No habrá recreo. Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
80. **Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
81. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Varios autores.
82. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Varios autores.
83. **Padrecito Stalin no vuelvas**. Varios autores.
84. **En un descuido de lo imposible**, de Enrique González Rojo.
85. **Tierra Negra**. Cómic (no descargable).
86. **Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
87. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado. Antología de relatos sobre el narcotráfico**. Varios autores.
88. **Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
89. **Canek**, de Ermilo Abreu.
90. **La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
91. **San Isidro fútbol**, de Pino Cacucci.
92. **Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
93. **Otras historias**. Varios autores.
94. **Tierra de Coyote**. Varios autores.
95. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
96. **Antología Literaria 2a feria en Neza**. Varios autores.
97. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
98. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
99. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
100. **De golpe**. Varios autores.
101. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.

102. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
103. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
104. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
105. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**, de Jesús Vargas Valdés.
106. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**, de Patricia Galeana.
107. **Espartaco**, de Howard Fast.
108. **Para Leer de Boleto en el Metro** (Segunda temporada 1). Varios autores.
109. **Para Leer de Boleto en el Metro** (Segunda temporada 2). Varios autores.
110. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
111. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
112. **Vietnam heroica**. Varios autores.
113. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).
114. **Cananea**, de Arturo Cano.
115. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
116. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
117. **La descendencia del mayor Julio Novoa**, de Gerardo de la Torre.
118. **Otras miradas**. Varios autores.
119. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
120. **No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
121. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
122. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
123. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
124. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
125. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
126. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable).
127. **Tierra negra 2. Cómic** (no descargable).
128. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
129. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
130. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
131. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
132. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
133. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
134. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
135. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
136. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
137. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
138. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.

139. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
140. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta (no descargable).
141. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
142. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
143. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
144. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
145. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
146. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
147. **La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
148. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
149. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
150. **La jungla**, de Upton Sinclair.
151. **La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
152. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
153. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
154. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle (no descargable).
155. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez (no descargable).
156. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
157. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores (no descargable).
158. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
159. **Biografía del Che**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
160. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
161. **CEU**, de Martí Batres.
162. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
163. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
164. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
165. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.
166. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
167. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
168. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
169. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
170. **Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
171. **Benita**, de Benita Galeana.
172. **Antología de cuentos**, de Juan M. Aguilera y Luis Britto.
173. **La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González, SuperBarrio.
174. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
175. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
176. **1905**, de León Trotsky.

177. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
178. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
179. **Romper el silencio**. Varios autores.
180. **Break the silence**. Varios autores.
181. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
182. **Los que deben morir**, de F. Mond.
183. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
184. **Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
185. **Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
186. **Historias sorprendentes**. Varios autores.
187. **La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
188. **Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
189. **Cartucho**, de Nellie Campobello.
190. **Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
191. **La frontera**, de Patrick Bard.
192. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 1)**, de Piotr Kropotkin.
193. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 2)**, de Piotr Kropotkin.
194. **No digas que es prieto, di que está mal envuelto**, de Fabrizio Mejía Madrid.
195. **El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68**, de Tariq Ali.
196. **Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo.
197. **La desaparición de la nieve**, de Manuel Rivas.
198. **Derrotas que hacen historia. La Comuna de París**, de Armando Bartra.
199. **Los nuevos herederos de Zapata**, de Armando Bartra (no descargable).
200. **Aquí manda la escoba**, de Óscar de Pablo.
201. **Tony Guiteras**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
202. **En la guerra de España**, de André Malraux.
203. **Las nuevas luchas campesinas**, de Armando Bartra.
204. **Su hogar es el mundo entero**, de Óscar de Pablo.
205. **Nuestro Gato Culto**, de Paco Ignacio Taibo I.
206. **Tina Modotti**, de Ángel de la Calle (no descargable).
207. **El principio, los primeros cuatro meses**, de Armando Bartra.
208. **Una juventud en Alemania**, de Ernst Toller.
209. **Consuelo Uranga. La Roja**, de Jesús Vargas.
210. **Los peligros profesionales del poder**, de Kristian Rakovsky.
211. **Mujeres (y un hombre transgénero) zapatistas. La otra cara de la Revolución**, de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Á. Ramírez Jahuey.
212. **Fátima**, de Jürgen Alberts.
213. **Entre amigos**. Varios autores.

214. **No hay nada más asombroso que la verdad.** Varios autores.
215. **La participación de Israel en la militarización de México.** Varios autores.
216. **Hacia una nueva cartilla ético-política,** de Enrique Dussel.
217. **Un año ya y la cuarta va,** de Armando Bartra.
218. **La conquista de México,** de Vicente Riva Palacio y Manuel Payno.
219. **Crónicas contra la indiferencia,** de Giovanni Porzio.
220. **Desde el corazón de la montaña,** de Luis Hernández Navarro y Abel Jesús Barrera Hernández.
221. **Vigilia Lula Libre. Un movimiento de resistencia y solidaridad,** de Áurea Lopes.
222. **El secreto en mi jardín,** de Fermín Goñi.
223. **Apuntes para mis hijos,** de Benito Juárez.
224. **Un útero es del tamaño de un puño,** de Angélica Freitas.
225. **Feminismo, socialismo y revolución,** de Alexandra Kollontái.
226. **Las sendas abiertas de América Latina.** Varios autores.
227. **La cruel pedagogía del virus,** de Boaventura de Sousa Santos.
228. **Razones para ser anticapitalista,** de David Harvey.
229. **La decena ilustrada (novela gráfica),** de Omar Martínez.
230. **Colosio: sospechosos e incubridores,** de Cuauhtémoc Ruiz.
231. **Marx 200 años: presente, pasado y futuro.** Varios autores.
232. **Hilo negro. Mujeres y Revolución en el Partido Liberal Mexicano,** de Yelitza Ruiz.
233. **Introducción a la economía marxista. ¿Tienes el valor o te vale?,** de Óscar de Pablo.
234. **Howard Fast en México y dos cuentos,** de Howard Fast.
235. **Leona Vicario. Hasta el último suplicio,** de Angélica Noemí Juárez Pérez.
236. **Sterling Hayden. El largo camino del retorno,** de Paco Ignacio Taibo II.
237. **Llegó el coronavirus y mandó a parar. Apuntes desde el encierro. La 4T en el año de la pandemia,** de Armando Bartra.
238. **Docentes de a pie. Enseñar en la pandemia,** de Daliri Oropeza.
239. **La guerra sucia en el magisterio. Biografía de Misael Nuñez Acosta,** de Luis Hernández Navarro.
240. **La esperanza camina. Crónicas de la cuarta transformación en Veracruz.** Varios autores.
241. **Internacionalismo o extinción,** de Noam Chomsky.
242. **Los años de reparación,** de Naomi Klein.
243. **¿Qué vendrá después del capitalismo?,** de Yanis Varoufakis.
244. **Detrás de la barricada,** de Leonel Manzano.
245. **Salvador Allende. 50 años del triunfo de la Unidad Popular.** Varios autores.
246. **A medio camino,** de Armando Bartra.
247. **Una huella,** de Enrique González Rojo.

248. **Ayotzinapa en la memoria. Miradas retrospectivas de nuestras vidas en la escuela Normal.** Compiladores Léster Giovani Pérez y Pedro Ortíz.
249. **El arte y la vida social. Y otros ensayos,** de Georgi Plejánov.
250. **Épica 2 de agosto,** de Raúl Bautista González.
251. **La vida sin nosotros. La desaparición de personas en México, Chile, Argentina y el Kurdistan; voces de víctimas y especialistas,** de Miguel Alejandro Rivera.
252. **Reforma Eléctrica,** de Ángel Balderas.
253. **Bertolt Brecht: poesía y fragmentos.**
 Compilador Paco Ignacio Taibo II.
254. **Mujeres en la revolución,** de Jules Michelet.
255. **Antonio Helguera. Su obra en *La Jornada*,**
 de Antonio Helguera.
256. **Guevara: instantáneas, flashes y momentos,**
 de Paco Ignacio Taibo II.
257. **La política como disputa de la esperanza,**
 de Álvaro García Linera.
258. **¿Todavía es útil el marxismo?,** de Frei Betto.
259. **Ayotzinapa. Horas eternas,** de Paula Mónaco
260. **Paz y rutina,** de Gerardo Horacio Porcayo
 y Bernardo Fernández BEF.
261. **Elena Poniatowska. Su obra en *La Jornada*,**
 de Elena Poniatowska.
262. **La peor señora del mundo,** de Francisco Hinojosa
 (no descargable).
263. **Mujeres, poder y política.** Varias autoras.
264. **El cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo XX,** de Lorenzo Meyer.
265. **El fin del principio. Hacia la segunda etapa de la 4T,**
 de Armando Bartra.
266. **El martillo Bertolt Brecht,** de Paco Ignacio Taibo II.
277. **Café, espías, amantes y nazis,** de Paco Ignacio Taibo II.
278. **Democracia y revolución en Rosa Luxemburg,**
 de Rosa Luxemburg y Michael Löwy.
279. **Elena Garro: la pérdida del reino,** de Emiliano Ruiz Parra.
280. **Sufragistas: por el derecho de votar y ser votadas.**
 Varias autoras.
281. **Tati Allende. Una revolucionaria olvidada,**
 de Marco Álvarez Vergara.
282. **Rumbo al Sur,** de Ariel Dorfman.
283. **El audio libro de los Patita de Perro.**

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.